

INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES

DIRECCIÓN GENERAL DE LEGISLACIÓN Y ACCIÓN SOCIAL

SECCIÓN DE COOPERACIÓN

HISTORIA

DE LOS

COOPERADORES DE ROCHDALE

(ROCHDALE SOCIETY OF EQUITABLE PIONEERS)

POR

ANTONIO GASCÓN Y MIRAMÓN

Jefe de la Sección.



MADRID

SOBRINOS DE LA SUCESORA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

Miguel Servet, 13. — Teléfono M-651.

1923

HISTORIA
DE LOS
COOPERADORES DE ROCHDALE

SALA	
5.	
17	
e.	
10	



1092923

MTAS. Biblioteca 1-49166-1

F - 334
2

334(42)

INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES
DIRECCIÓN GENERAL DE LEGISLACIÓN Y ACCIÓN SOCIAL
SECCIÓN DE COOPERACIÓN

HISTORIA

DE LOS

COOPERADORES DE ROCHDALE

(ROCHDALE SOCIETY OF EQUITABLE PIONEERS)

POR

A. 28. 456

ANTONIO GASCÓN Y MIRAMÓN

Jefe de la Sección.

1930



MADRID

SOBRINOS DE LA SUCESORA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

Miguel Servet, 13. — Teléfono M-651.

1923



Este folleto ha sido escrito con la mira de hacer labor divulgadora. La obra de Rochdale interesa a todos, no sólo por la significación extraordinaria, y acaso única, que tiene en la historia de la Cooperación, sino porque es el ejemplo vivo en que los cooperadores de todas las épocas y de todos los países tienen mucho que aprender en materia de procedimientos, y mucho más que imitar en cuanto se refiere al sano y firme espíritu cooperativo, gracias al cual pudieron los *Pioneers* conducir su empresa, venciendo enormes dificultades y sorteando numerosos peligros, hasta llegar al espléndido éxito final.

Con las limitaciones naturales, se ha dado cabida al elemento anecdótico, para que el presente opúsculo se acerque más a una historia viva que a un estudio doctrinal, y pueda así servir mejor sus fines de divulgación.

I

Noticias preliminares. — La revolución industrial. — El trabajo en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX. — Situación desesperada de los obreros de Rochdale en los años 1841 a 1843. — Se propone la fundación de una Cooperativa.

Rochdale es una población de Inglaterra, situada en la parte SE. del Lancashire, a unos 17 kilómetros al N.-NE. de la populosa ciudad de Mánchester. Hállase atravesada por el río Roach (que se pronuncia casi como Roch), y de ahí parece haberse originado el nombre, pues Rochdale viene a significar «valle del Roch».

En los primeros años del siglo XIX se terminó el canal llamado de Rochdale, que parte del río Calder, pasa por nuestra población y se une en Mánchester con el canal de Bridgwate. De este modo quedó establecida una aceptable comunicación por vía de agua con las principales ciudades del Norte de Inglaterra. Pasa también por allí el ferrocarril del Lancashire y el Yorkshire, pero su construcción es posterior a la época inicial de nuestro relato.

El término municipal de Rochdale cubre una extensión de más de 1.600 hectáreas. En los años de 1840 a 1845, el número de habitantes sería algo menor de 50.000, pero con población muy diseminada, de tal modo que el núcleo principal acaso no contuviera ni la mitad.

Rodean a Rochdale algunas colinas, pertenecientes a la sierra que separa al Lancashire del Yorkshire (1). Hay por allí canteras de pizarra y minas de hulla, explotadas ya en la época a que hemos de referirnos, pero no en gran escala. Entonces, aun más que ahora, la principal riqueza eran las fábricas de tejidos establecidas en la población y en sus alrededores.

En Rochdale se dejaron sentir duramente los efectos de la hondísima revolución industrial que se inició a mediados del siglo XVIII, al aparecer las máquinas de tejer y de hilar, se extendió y amplió al perfeccionarse el trabajo de los metales o introducirse la máquina de vapor en las

(1) Lancashire y Yorkshire significan, respectivamente, condado de Lancáster y condado de York. Están situados en el Norte de Inglaterra. La capital del Lancashire es Lancáster, y su puerto principal es Liverpool. La capital del Yorkshire es la ciudad de York.

fábricas, y culminó con la fiebre de negocios ocasionada por la situación privilegiadísima del Reino Unido, que, merced a su posición geográfica, los adelantos industriales hechos en el país, el creciente desarrollo de su Marina, el crecimiento de su imperio colonial y las guerras continentales, hicieron de Inglaterra la «fábrica del mundo», y de su comercio el proveedor universal. El pueblo inglés, hasta entonces agrícola y ganadero, quedó rapidísimamente convertido en pueblo industrial, que exportaba carbón, metales, máquinas y manufacturas, y tenía que importar cantidades, cada vez mayores, de primeras materias alimenticias. Se hacía mucho negocio, se acumulaban numerosas fortunas y se encarecía la vida (1).

Esa revolución industrial, no circunscrita a Inglaterra, sino propagada, con más o menos retraso, por toda Europa, y la gran tragedia del trabajo, que siguió a esa revolución como la sombra al cuerpo, necesitarían muchas páginas para ser narradas con la debida exactitud. Baste ahora decir que en Rochdale, como antes había ocurrido ya en otros varios puntos de Inglaterra, como después volvió a ocurrir en muchos más de la Gran Bretaña y de fuera de ella, las nuevas máquinas enriquecieron a los fabricantes y expulsaron de las fábricas a muchos obreros, que fueron sustituidos por mujeres y por niños, cuyo trabajo era peor pagado (2).

(1) «Aunque su territorio no fué teatro de la lucha, la participación de Inglaterra en la campaña costó libras 831.446 000 (cerca de 21.000 millones de pesetas a la par). Durante este periodo, la riqueza de la población fué subiendo con asombrosa rapidez, pero la miseria del pueblo fué aumentando. En 1760, el impuesto para los pobres sumó libras 1.250.000, o sea 3 ch. 7 d. por cabeza, y en 1818 había subido a libras 7.870.000, ó sea 13 ch. 3 d. por habitante.» (Ch. Beard, *The Industrial Revolution*.)

En 1841 había 1.200 artículos en las tarifas de consumos. Además, el precio del trigo «subió a una altura de hambre». De 49 chelines 3 peniques por «quarter» (cahíz inglés equivalente a 291 litros) en 1793, pasó a 69 ch. en 1799, a 113 ch. en 1800 y a 106 ch. en 1810. Al mismo tiempo, los salarios fueron bajando rápidamente. (Gibbins.)

(2) Cuando en 1800 se hizo cargo de la factoría de New Lanark, se encontró Owen con que había allí trabajando 500 huérfanos, los más de ellos de siete a doce años de edad, que las casas de caridad enviaban a carretadas, y que vivían allí en compañía de muchachos y adultos procedentes muchos de ellos de los suburbios de Glasgow y de Edimburgo.

En 1802, y gracias, principalmente, al esfuerzo de Sir Roberto Peel, se promulgó una Ley *reduciendo* el trabajo de los niños a setenta y dos horas por semana y regulando el trabajo de noche. Los niños que vivían cerca de la fábrica no estaban comprendidos en la Ley, porque se les suponía bajo el cuidado de sus padres. La misma Ley impuso que los departamentos se ventilaran y que se blanquearan una vez al año, y que se hiciera la separación de sexos en los dormitorios. Las infracciones se castigaban con multas de 2 a 5 libras esterlinas.

Otra Ley de 1819 prohibió el empleo de niños menores de nueve años y limitó a doce las horas de jornada.

En 1834, el trabajo de los niños de nueve a trece años, en las fábricas

Los obreros, sin distinguir suficientemente si lo malo eran las máquinas o el uso que de ellas se hacía, vieron en ellas un enemigo, y trataron de impedir su adopción. Es sabido que no lo consiguieron, a pesar de la sangre vertida.

También en Rochdale ocurrieron serios disturbios. Una de las veces, en 1829, cuando se introdujeron los telares movidos por vapor, hubo 10 muertos. Al año siguiente estalló una gran huelga.

Con varias alternativas, en que hubo para los trabajadores mucho infortunio y muy poca ventura, se llegó al año de 1841, y la miseria alcanzó su horror máximo. En los debates con tal ocasión habidos en el Parlamento inglés se hizo constar que aquel año había en Rochdale 136 personas que vivían con un salario de 6 peniques a la semana (62 céntimos), 200 con 10 peniques, 508 con 1 chelín, 855 con 1 chelín y 6 peniques, y 1.500 con 1 chelín y 10 peniques; todos por semana.

El dinero tenía más valor que ahora. Es muy cierto. Pero, aun suponiéndolo cinco veces mayor, o sea que 1 penique equivaliera a media peseta de nuestros días, siempre resultará que había en Rochdale 3.200 obreros que vivían acaso peor que como se viviría hoy en España con salarios de 3 a 11 pesetas a la semana.

No es de extrañar que hubiera gran descontento. Como la situación no mejoraba, se entabló, al año siguiente, una lucha empeñadísima por la elevación de salarios; ocurrieron graves desórdenes, y los resultados fueron poco favorables para los obreros.

En 1843, los negocios marcharon bien para las fábricas, y los tejedores formularon otra vez su petición de mejores salarios. Algunos de los patronos consintieron, pero otros se negaron, imposibilitando la mejora, pues los primeros, al consentir, lo hicieron con la condición de que el acuerdo fuera general. Surgió una huelga, y fueron vencidos los obreros. Éstos se vieron, así, como aplastados entre la elevación de los precios y el aumento del coste de la vida, de un lado, y la mezquindad en los salarios y la falta de trabajo, de otro. Rochdale, ya de ordinario sombrío y triste, lo pareció entonces más que nunca.

La situación era desesperada. Los obreros se reunían frecuentemente, buscando remedio a sus males y buscándolo, sobre todo, en la mutua ayuda y en la unión. Un sábado se puso a discusión el tema siguiente: «¿Cuáles son los medios más eficaces para mejorar la condición del pueblo?» Siguió un largo e inextricable debate. Los *Teetotalers*, o partidarios de la templanza, sostenían que lo mejor era abstenerse de bebidas alcohólicas y emplear en bien de la familia el ahorro correspondiente. Los *Cartistas* lo esperaban todo del sufragio universal y de la influencia que

de tejidos, quedó limitado a cuarenta y ocho horas semanales, y el de los muchachos de trece a diez y ocho años, a sesenta y nueve horas.

En 1842 se prohibió el empleo de mujeres y niños en los trabajos subterráneos.

el pueblo tendria en la redacción de las nuevas leyes, una vez implantada la reforma. En alguno de los grupos que solían reunirse apuntó alguien la idea de fundar una Cooperativa; pero fueron muchos los que se opusieron, alegando el fracaso de las numerosas Cooperativas constituidas anteriormente, la inoportunidad del momento y la falta de medios para iniciar la empresa con base de suficiente solidez.

II

Resumen del movimiento cooperativo anterior a la obra de Rochdale.

Dícese con frecuencia que los tejedores de Rochdale fueron los inventores de la cooperación, y la Cooperativa de consumo por ellos establecida en 1844, la primera del mundo. Tal afirmación es inexacta. Como ha dicho muy bien Leroy-Beaulieu (1), las Sociedades cooperativas de consumo constituyen una de las formas naturales de la vida económica, y así, ha debido de haberlas siempre, aunque no hayan llamado la atención.

Claro es que los antecedentes más remotos, desenterrados por los eruditos, a quienes place hacer retroceder en el tiempo los orígenes de todas las cosas e instituciones, no son antecedentes en que se den reunidas todas las condiciones de una asociación cooperativa. Así, las Sociedades para el arriendo colectivo de las tierras, señaladas por H. Muller en la antigua Babilonia, las asociaciones funerarias del antiguo Egipto, las comidas en común de los Dorios y algunas asociaciones de la Edad Media, entre cuyos fines entraba el de procurar a sus miembros comida y alojamiento en las condiciones más ventajosas posibles, eran asociaciones de un cierto carácter cooperativo, pero no cooperativas propiamente dichas. Más cerca de ello parecen estar las antiguas asociaciones rusas de cazadores y pescadores, a los que el príncipe P. A. Kropotkine atribuía gran influencia en la colonización de la Rusia meridional y de Siberia.

A medida que se avanza en el tiempo, ese carácter cooperativo se va acentuando y concretando poco a poco, como por evolución apenas perceptible. De ahí la dificultad suma de señalar determinadamente cuál de los términos de la serie es el primero que merece ya con propiedad el nombre de Cooperativa. Y la dificultad parece aún mayor si observamos que sobre el concepto preciso de cooperación no hay completo acuerdo entre los autores.

(1) *Economie politique*, t. II, pag. 567. Este aserto de Leroy-Beaulieu puede aplicarse, y con más razón todavía, a otras clases de Cooperativas. «La cooperación—sobre todo, en la producción—se remonta a los orígenes de la Humanidad»—dice A. Daudé Bancel, en su conocida obra *Le Coopératisme*, pág. 10.

Para encontrar los primeros ejemplos indubitados de lo que pudiéramos llamar cooperación consciente y un tanto sistemática, hay que llegar a la segunda mitad del siglo XVIII. Desde luego, la cooperación de producción parece haber precedido a la distributiva o de consumo; pero da la coincidencia de que las dos Cooperativas británicas más antiguas, una de cada clase, entre las de fecha registrada y conocida, son del mismo año. En 1777 se fundó en Birmingham la Cooperativa de producción, y el mismo año se estableció por los tejedores de Govan (Escocia) la «Old Victualling Society», que ha subsistido, con las consiguientes transformaciones, hasta 1908 (1).

Cerca de Oxford, en un lugar llamado Mongewell, fundó el Obispo de Durham, en 1794, y en interés del vecindario pobre de la parroquia y de tres parroquias próximas, un almacén para el despacho de géneros sanos y a precio de coste. En el fondo, tenía más de Economato que de Cooperativa, pues aunque estaba fundado exclusivamente en interés de los consumidores, no se hallaba a cargo de ellos mismos la administración y gobierno de la obra.

Al año siguiente (1795), y como consecuencia de una súplica dirigida al Municipio por los vecinos pobres de la ciudad, se fundó el Molino cooperativo de Hull («Hull Anti-Mill Society»), que existe aún, o ha existido hasta hace muy poco. Circunstancias análogas condujeron, en 1801 y 1817, a la fundación de la «Hull Subscription Mill» y la «Davenport Union Mill» (2).

Citase, con fecha de 1800, la creación de otra Cooperativa en Bridgeton (Escocia); pero no hay datos sobre su organización y carácter.

Los obreros del arsenal de Woolwich hicieron, en 1805, una tentativa muy interesante. J. Corréard (3) califica a esta empresa de «Sociedad cooperativa en estado embrionario». Era más bien una asociación de compras en común, sin almacén ni aprovisionamiento de géneros.

Sin más datos, vemos citada una Cooperativa de 1812 en Lennoxtown (Escocia); otra, de 1815, en Davenport (Inglaterra), y otra, de 1816, en Sheerness.

En estos últimos años repitió Owen (4), en su factoría de New-Lanark,

(1) Sin embargo, Fay cita la Cooperativa de Govan entre las fundadas en 1812, pero este debe de ser el año de alguna transformación. Al tiempo de corregir las pruebas de este capítulo, vemos confirmada la fecha de 1777 en la obra *Co-operation in Scotland*, por James Lucas, página 22. El profesor Totomantz en su obra *La Coopération mondiale*, publicada en estos mismos días, cita (pág. 11) una cooperativa de consumo fundada por los tejedores de Fenwick en 1767, pero sin dato complementario alguno.

(2) Fay, *Co-operation at home and abroad*, pág. 273.

(3) *Les Sociétés coopératives de consommation en France et à l'Etranger*, pág. 4.

(4) Roberto Owen, de familia muy modesta, nació el 14 de mayo de 1771 en Newtown (País de Gales). Mostró desde muy niño gran aplica-

la experiencia que antaño hiciera Barrington, el Obispo de Durham. Es de notar, como diferencia importante, que en Mongewell se daban los géneros a precios de coste, y en New-Lanark había un pequeño recargo, cuyo producto acumulado lo invertía Owen en la instrucción de los obreros.

Consiguase el año de 1821 como fecha de la constitución originaria de una Cooperativa de Larkhall (Escocia), subsistente en la actualidad.

Pero una cosa es una Cooperativa aislada, o algo que se acerque más o menos a serlo, y otra muy distinta es lo que puede llamarse un movimiento cooperativo. La raíz de esto último la encontramos en las predicaciones y enseñanzas de algunos verdaderos apóstoles, los llamados «hacedores de mundos». Entre los ingleses son de citar, en primer término, Roberto Owen, al que asignan muchos el sobrenombre de «padre de la cooperación», Jorge Madif y el Dr. King (1). Casi



Roberto Owen.
(1771-1858.)

ción y enorme voracidad de lectura. De los diez a los diez y ocho años fué dependiente de comercio en Stanford, Londres y Manchester. Habiéndose interesado en una pequeña hilatura de algodón, le obligaron bien pronto las circunstancias a continuar solo. A los diez y nueve años obtuvo la dirección de una fábrica modelo, en que trabajaban 500 obreros; a los veinte estaba reputado como el primer especialista del mundo en hilados de algodón. El 10 de enero de 1800 tomó la dirección de la gran fábrica de New-Lanark. Owen corrigió increíbles abusos y crueldades, prescindió del trabajo infantil, redujo la jornada, realizó una intensa labor educativa y fué, en suma, el prototipo del patrono filantrópico, lo cual no le impidió duplicar el valor de la fábrica y repartir cuantiosos dividendos. Se dedicó luego a un apostolado social, con gran quebranto de sus negocios. Fué uno de los principales promotores de la legislación del trabajo inglesa. Se le ha llamado padre del Socialismo y padre de la Cooperación. Ninguna de las dos calificaciones está plenamente justificada, pero ambas encierran una parte de verdad. Como dice el profesor Dolléans (*Robert Owen*, pág. 176), si Owen fué padre del movimiento cooperativo, lo fué por sus discípulos e inconscientemente. Democrático por sus ideales y autocrático por temperamento, se ha dicho de Owen que era un hombre de contrastes. Murió en su pueblo natal el 17 de noviembre de 1858.

(1) *Guillermo King* nació en Ipswich el 17 de abril de 1786. Hijo de un pastor protestante, fué, en un principio, orientado hacia la carrera eclesiástica, pero siguió luego la de Medicina. Establecido en Brighton, tomó parte activa en las cuestiones locales, y especialmente en las de carácter social y educativo. Según Totomiantz (*La Coopération mondiale*, página 21), el Dr. King puede ser llamado padre de la Cooperación de consu-

al mismo tiempo publicaba Carlos Fourier (1), en Francia, sus originales teorías, no inferiores en mérito y alcance a las de los reformadores ingleses, pero que no tuvieron la suerte de provocar un movimiento de tanta intensidad, ni guardan relación directa con el objeto propio del presente estudio, circunscrito a la historia de los *Pioneers* de Rochdale y la influencia que su obra ha tenido en el movimiento cooperativo universal.



Dr. Guillermo King.
(1786-1865.)

Hacia 1825 se hicieron dos tentativas para instaurar el régimen comunista ideado por Owen. Tanto la comunidad de Orbiston (Escocia) como la de Nueva Harmonia (New-Harmony, en Indiana, Estados Unidos), hubieron de disolverse al cabo de un par de años.

Estos fracasos hicieron ver a los discípulos y continuadores de Owen la necesidad de achicar los planes para hacer posible su realización. Comenzó entonces la serie de Asociaciones formadas con un objeto especial más restringido. Esto es lo característico del movimiento de las

llamadas *Union Shops*, movimiento que parece iniciado en Brighton, y cuyo principal inspirador fué el Dr. King.

mo en Inglaterra con más derecho que Owen. El mismo título le asigna como «indisputable» T. W. Mercer, en su estudio *The Life and Teaching of Dr. William King*. Lo que caracteriza la concepción de King es la formación de una propiedad social. Mientras Owen no veía solución sino en las «communities» (colonias agrícolas industriales), que requerían como condición previa e inexcusable la posesión de un gran capital, King no concebía su sistema cooperativo sino «como el desarrollo de las fuerzas y de los medios de que disponían los mismos trabajadores». (Dr. Hans Muller, *Le Docteur William King et son rôle dans l'histoire de la Coopération*.) El 19 de octubre de 1865 moría en Brighton el que Sonnischen ha llamado «profeta de la Cooperación».

(1) *Carlos Fourier* (1772-1837) fué en Francia un precursor de la co-operación, como Owen lo fué en Inglaterra.

Empleado de comercio durante casi toda su vida, hizo una crítica detallada e ingeniosa de los procedimientos con que el afán de lucro hace la vida cara y difícil. Como Owen, recomendaba la creación de colonias agrícolas, pero no sobre bases comunistas. En el plan de los *falansterios* de Fourier se atendía a la remuneración proporcionada del trabajo, del talento y del capital, respetando las diferencias naturales y de fortuna, aunque garantizando a los trabajadores el mínimo indispensable para la subsistencia. Fourier se esforzó siempre, más aun que Owen, por atraer las simpatías de los ricos, en la fallida esperanza de que le proporcionarían los medios de realizar sus planes.

En 1827 se fundó la «Brighton Cooperative Benevolent Fund Association». Según consigna W. Bryan (1), los fines de la Asociación eran: 1.º Formar, con pequeñas cuotas semanales, un fondo para poner en condiciones de ingresar en las Comunidades cooperativas a las personas que no dispusieran de los medios necesarios, y 2.º Difundir el conocimiento del sistema cooperativo. Poco después, en julio del mismo año, se constituyó una filial denominada «Cooperative Trading Association», domiciliada en la misma ciudad de Brighton.

Al final del primer número de *The Cooperator*, publicado en 1.º de mayo de 1828, se da noticia de que en los cuatro lugares expresados (36, Red Lion Square, London; 37, West Street, Brighton; 10, Queen's Place, Brighton; 20, Marine Place, Worthing) había Sociedades establecidas sobre el principio expuesto, a saber: acumulación de un capital común y su inversión cooperativa. Y al pie del núm. 20 (1.º de diciembre de 1829) se lee: «Actualmente hay establecidas alrededor de 130 Sociedades cooperativas. Las manufacturas cooperativas pueden adquirirse en el Bazar Cooperativo, núm. 19, Grenville Street, Hatton Garden». Se ve, pues, que la propaganda no había sido infructuosa.

En el año de 1830 había 30 Sociedades cooperativas en Londres, y cerca de 300 Sociedades, con 20.000 socios y 9 periódicos, en todo el Reino Unido. En 1832, el número total de sociedades era ya de 400 a 500. Había una Asociación Británica para propagar los conocimientos cooperativos («British Association for Promoting Co-operative Knowledge»), y a cada momento aparecían nuevos periódicos.

En 1830 se celebró en Mánchester el primer Congreso Cooperativo que unió a varias Sociedades para «Mutual Co-operation, United Possessions and Equality of Exertion and the Means of Enjoyment». Al año siguiente se celebró el segundo Congreso en Birmingham. En 1832 hubo el tercero de Londres, y el cuarto de Liverpool. Para los días de Pascua de Resurrección de 1833 se convocó otro en Huddersfield.

Con ocasión del tercer Congreso de Londres se consignó la existencia de una Cooperativa denominada «Rochdale Friendly Co-operative Society», representada en el Congreso por Guillermo Harrison. De los datos conservados resulta que la Sociedad había sido fundada en 1830, teniendo 52 socios en 1832. Se dedicaba a la producción de franela, y daba ocupación a 10 socios con sus familias (2).

Siguió inmediata la decadencia, tan brusca y acabada, que bien podría decirse derrumbamiento. En un par de años, casi todas las *Union Shops*, y la mayor parte de las demás Sociedades cooperativas, desaparecieron o quedaron reducidas a la insignificancia. Al propio tiempo, fue-

(1) Carta fechada en Brighton, 31 West Street, a 12 de abril, publicada en el *Cooperative Magazine*, de mayo de 1827.

(2) G. Jacob Holyoake, *The History of the Rochdale Pioneers*, página 56.

ron desapareciendo también los calendarios cooperativos y las revistas, relativamente numerosas, que se publicaron con el mismo carácter. Según Holyoake, el más autorizado de los historiadores de la Cooperación inglesa, parecía seguro que el tiempo, la difamación, el fracaso, las pérdidas, la desconfianza, la escisión, el descontento y el desfallecimiento, habían ultimado su obra de completa destrucción. «Nunca pareció movimiento humano alguno tan muerto como el movimiento cooperativo» (1).

(1) Aunque no tuvieron influencia alguna en la obra de Rochdale, merece consignarse que también en Francia hubo algunas cooperativas anteriores a 1844, pero pocas en número y sin determinar un movimiento cooperativo propiamente dicho.

Con toda probabilidad, la más antigua fué la panadería cooperativa fundada el año 1832 en Guebwiller (Alsacia) entre los obreros de los Sres. Schlumberg y Bourcat. Los patronos favorecieron el intento haciendo construir el horno a su costa, pero sin inmiscuirse en la administración de la Sociedad, la cual estaba en un todo al cuidado de los asociados. El kilogramo de pan se daba unos cinco céntimos más barato que en el mercado libre. El excedente no se distribuía, sino que se aplicaba a la formación del fondo de una Caja de préstamos gratuitos. De este modo, la Sociedad participaba de los caracteres de una Cooperativa de consumo y de una Cooperativa de crédito. En 1849 contaba con 1.500 asociados. No se admitía sino a obreros de moralidad reconocida. (Eug. Véron, *Les Associations ouvrières de consommation, de crédit et de production en Angleterre, en Allemagne et en France*. Paris, 1865.)

En 1834 se fundó en París la Asociación de obreros en bisutería. Como el título de Asociación obrera podía ser entonces peligroso, aparecía públicamente con la forma de una Sociedad colectiva bajo la razón social «Leroy-Thibaut et Cie». Fué la única Asociación obrera hasta 1848. (P. Hubert Valleroux, *La Coopération*, pág. 5.)

En 1835 Miguel Derrion tomó la iniciativa de fundar, con un tejedor llamado José Regnier y con el título de *Commerce social et véridique*, una Cooperativa de comestibles, con sucursales en los diversos barrios de Lyon, y cuyo objeto inmediato era «comprar colectivamente los productos de primera necesidad para las familias obreras», y el ulterior de «aminorar poco a poco los malos efectos de la concurrencia; implantar una distribución, cada vez más equitativa, de las riquezas producidas por los trabajadores, y, finalmente, realizar una transformación progresiva del comercio y de la industria en el interés de la sociedad en general, y más particularmente en el de los obreros».

III

Acuérdase fundar la Cooperativa de Rochdale.—Puntos fundamentales del plan.—El célebre manifiesto.

Como se ha visto, el primer movimiento cooperativo inglés parecía muerto en 1844, y a este presunto cadáver pretendían infundir nueva vida algunos de los pobres obreros vencidos de Rochdale. En aquella hoguera apagada y consumida, de la cual sólo restaban algunas brasas dispersas, muy pocas y mortecinas, querían los promotores del proyecto hallar el calor que remediara su glacial miseria.

La posición de los impugnadores resultaba muy ventajosa, y su papel más fácil que ninguno. Concedían que la idea de la cooperación era buena en sí; pero, apoyándose en los resultados de una experiencia repetida centenares de veces, la declaraban prácticamente irrealizable. Por unas causas o por otras, casi todas las Cooperativas habían fracasado, incluso algunas cuyos comienzos hicieran concebir halagüeñas esperanzas, y las subsistentes, pocas en número, arrastraban una vida lánguida y mezquina.

Por otra parte, si la Cooperativa proyectada había de ser eficaz e influir favorablemente en las condiciones de la vida obrera de Rochdale, se necesitaría suministrar con ventaja considerables cantidades de artículos muy variados, aun reduciéndose a los de más general consumo. Y para esto era preciso un capital de que se carecía. Si la situación actual era de miseria y privaciones, ¿cómo podía pensarse en hallar ni en reunir ese capital?

Finalmente, la organización y conducción acertadas de la empresa requerían conocimientos y práctica de un oficio bien distinto del de tejedor, mecánico o minero. El meterse en lo que no se entiende ha sido siempre camino derecho de la ruina.

Es de suponer, aunque no consta de un modo positivo, que no faltarían tampoco las alusiones a los casos, nada raros, de negligencia, abandono o infidelidad por parte de los administradores.

Obsérvese de pasada que los argumentos esgrimidos en 1843 contra la proposición de fundar la Cooperativa de Rochdale, son, con leves diferencias de forma y de matiz, los mismos que en nuestros días suelen aducirse en contra de casi todos los planes cooperativos.

Los defensores de la idea no se arredraron. Discutieron uno por uno los argumentos de sus contradictores, y demostraron que la obra, si bien difícil, por ser de sacrificio y de esfuerzo, era viable, y sus probabilidades de buen éxito, nada escasas. Para desvirtuar el efecto producido por los precedentes desgraciados, se procedió a examinar causas visibles de los fracasos conocidos, y se pensó en la manera de eliminarlas o corregirlas. Si el camino que recorrer era muy largo, razón de más para emprender la marcha, cuanto más pronto, mejor. Para formar el capital estrictamente preciso, los cooperadores se impondrían el sacrificio de ahorrar 2 peniques por semana; cuando la acumulación de estas miserables cuotas diera una suma suficiente, se comenzarían las operaciones con muy pocos artículos y se iría aumentando poco a poco la amplitud de las operaciones. Esta misma pequeñez inicial descartaba algunos peligros y haría que los cooperadores aprendieran con la práctica lo que necesitarían saber. Y teniendo abierto el despacho sólo algunas horas y no todos los días, siempre habría socios que pudieran hacer los trabajos necesarios gratuitamente y por amor a la obra común.

Como resultado final de estas discusiones, el Comité de los tejedores de franela se pronunció en favor de los abogados de la cooperación. No se negaba a los *teetotalers* (abstemios, defensores de la templanza) que los obreros harían bien huyendo de las tabernas, prescindiendo de bebidas alcohólicas y tóxicas y empleando íntegro el jornal en el sostenimiento de sus familias. Nada se decía en contra del sufragio universal, ardorosamente solicitado por los cartistas. Pero a unos y a otros, y a todos, se les decía que los trabajadores debían cooperar y usar de todos los medios de que dispusieran para mejorar su condición, sin dejar por eso de ser *teetotalers*, cartistas, owenistas o socialistas cristianos.

Los principales defensores de la solución cooperativa fueron Carlos Howarth, Jaime Daly, Jaime Smithies, Juan Hill y Juan Bent. El primero, hombre de escasa cultura, pero de un gran talento natural y de fe inquebrantable en la Cooperación, fué el más significado de todos, quien propuso las soluciones para las diferentes dificultades, viviendo así, en definitiva, a ser el verdadero inspirador del sistema rochdaliano. Como de éste se ha de hacer detenido estudio en otro capítulo, bastará con señalar aquí los puntos fundamentales del plan trazado por Carlos Howarth y sus compañeros. Helos aquí:

Capital formado por aportaciones de los socios. La aportación inicial de los fundadores se formaría por acumulación de cuotas semanales de dos peniques.

El capital devengaría un interés, al que se fijaba un máximo.

El régimen social sería puramente democrático. Cada socio tendría un voto, cualquiera que fuese su participación en el capital.

Venta de géneros de buena calidad, con peso y medida justos, al precio corriente en plaza y exclusivamente al contado.

Distribución trimestral de los beneficios (hoy diríamos, mejor, devo-

lución del exceso de percepción) proporcionalmente al importe de las compras hechas por cada cooperador en el trimestre.

Se invitaba a los socios a dejar en la Cooperativa su parte correspondiente de beneficios, con el interés limitado correspondiente, para acrecentar el capital social y ampliar las operaciones.

Según parece, los Estatutos se completaron con detalles de organización tomados de los Estatutos de una Sociedad de socorros mutuos para casos de enfermedad y entierro, domiciliada en Mánchester y denominada Rational Sick and Burial Society.

A los tejedores, que tuvieron la iniciativa, se agregaron pronto algunos obreros de otros oficios. En cambio, algunos de los primitivamente adheridos desistieron antes de llegar a la constitución de la nueva Sociedad. Cuando, con referencia a los fundadores, se habla de «los 28 tejedores de franela», se comete una inexactitud en cuanto al oficio (1).

Poseídos de una gran confianza en el porvenir y con altos ideales, no veían en la Cooperativa un fin, sino un medio. Con los pies sólidamente afirmados en tierra, nuestros cooperadores iban muy lejos con la mirada y abarcaban horizontes vastísimos. Humildes por condición, pobres de medios, ricos solamente en fe y perseverancia, los fundadores de la nueva Cooperativa eran ambiciosos en sus aspiraciones, como se verá por la lectura de su famoso manifiesto, publicado poco antes de la inauguración:

El objeto de la Sociedad es procurar a los socios un beneficio pecuniario y mejorar su condición social y doméstica, reuniendo para ello, en acciones de a libra esterlina, un capital suficiente para llevar a la práctica los planes y combinaciones que siguen:

Establecer un almacén para la venta de comestibles, vestidos, etc.

Construir o comprar casas en las que puedan habitar aquellos de sus socios que deseen ayudarse mutuamente para mejorar su condición doméstica y social.

Establecer la manufactura de aquellos artículos que la Sociedad considere conveniente producir, para proporcionar trabajo a los socios que estén sin ocupación o sufran repetidas reducciones de salario.

Para el mayor beneficio y seguridad de los miembros de la Sociedad, ésta comprará o arrendará tierras, en cuyo cultivo se emplearán los socios sin trabajo o mal remunerados.

Tan pronto como sea posible, esta Sociedad procederá a organizar las fuerzas de producción, distribución, educación y gobierno, o, en otros términos, a establecer una colonia autónoma en que los intereses sean solidarios, y ayudar a otras Sociedades en el establecimiento de colonias semejantes.

(1) En otro capítulo va la lista de los 28 fundadores, con algunos datos complementarios.

A fin de fomentar la sobriedad, en una de las casas de la Sociedad se abrirá un Hotel de Templanza, tan pronto como sea conveniente (1).

(1) Suele atribuirse a Carlos Howarth la redacción de este llamado manifiesto. El texto, que va reproduciéndose de unas en otras obras, está casi siempre tomado de la célebre obra *History of the Rochdale Equitable Pioneers*, por G. J. Holydake, el cual declara haberlo copiado de un almanaque publicado por la propia Sociedad para el año 1854. Algunos comentaristas, Bernard Lavergne entre ellos, apuntan que el manifiesto de Rochdale está inspirado y coincide en varios puntos con el programa de Brighton, formado y publicado, años atrás, por el Dr. King y sus discípulos.

IV

**Reúnese, penique a penique, el capital social.—Los héroes anónimos.—
Constitución de la nueva Sociedad. - Dificultad absurda con que se
tropezó para su inscripción en el Registro.**

Resuelta ya la fundación de la nueva Sociedad cooperativa, se acordó contribuir con 2 peniques semanales a la formación del capital necesario. A 40 llegaron los suscriptores, domiciliados en los distintos barrios de la población, y bastantes de ellos en los suburbios. El recorrido que los recaudadores habían de hacer todas las semanas para tratar de recoger los 80 peniques (8,33 pesetas, a la par) era de treinta y tantos kilómetros. Hemos dicho «para tratar de recoger los 80 peniques», porque no siempre se lograba el propósito. Muchas veces se hacía el viaje en balde. Además, pronto comenzaron las bajas en el nuevo ejército cooperativo. Al inaugurarse el despacho, los socios ya no eran más que 28.

Como el papel de recaudador único y gratuito resultaba demasiado heroico, se organizó el servicio dividiendo el término municipal en tres sectores, cada uno de los cuales estaba a cargo de un recaudador, que había de hacer la visita a los consocios todos los domingos.

La raíz de las más grandes empresas y el más sólido cimiento de su éxito afortunado se hallan a menudo en la concienzuda ejecución con que se llevan a cabo ciertos pequeños y hasta bajos menesteres. Y, al mismo tiempo, ¡cuánta fe, cuánta fortaleza de ánimo, cuánta abnegación supone el cumplimiento de esas pequeñas obligaciones sin premio inmediato y sin resultados finales seguros!

Se ha dicho que todos los grandes imperios comenzaron en cabañas, y las potencias marítimas en barcas de pescadores. Con igual o mayor razón podría afirmarse que el poderoso movimiento cooperativo contemporáneo salió del penique, penosamente restado al sustento por las mujeres de los cooperadores de Rochdale, en épocas de miseria y privaciones, y del calzado roto de aquellos abnegados recaudadores, héroes anónimos y para siempre desconocidos de esta epopeya de los humildes.

De ellos dice Isa Nicholson elocuentemente, pero sin que todavía lleguen las alabanzas a igualar a los merecimientos:

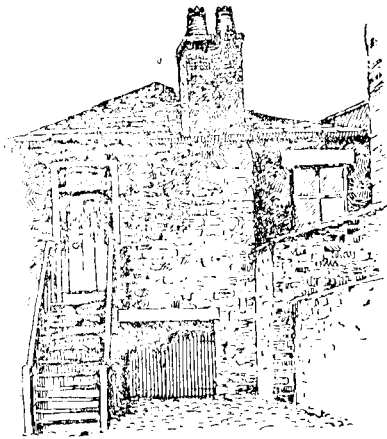
«¿Qué de kilómetros hubieron de recorrer por calles y caminos de piso desigual y fangoso, recogiendo durante largos meses tan miserables cuotas!

¡Honor y gloria a los hombres y a las mujeres que, semana tras semana, ¡y con qué ánimo y cuánta fuerza de voluntad!, ahorraron la suma-

necesaria, movidos por la sola esperanza de encontrar un día algún provecho para sí y para sus hijos!»

Tan menguadas aportaciones engrosaban el fondo social con lentitud desesperante. Se resolvió hacer un mayor sacrificio, y se elevó la cuota semanal a 3 peniques. «Los cooperadores se estaban volviendo ambiciosos, evidentemente. Al cabo, se reunió la formidable suma de 28 libras esterlinas (700 pesetas), y con este capital se dió comienzo a lo que había de ser un mundo nuevo.» Este comentario, humorístico y profundo a la vez, es de Holyoake.

El domingo 11 de agosto de 1844, y en el local de la *Social Institution*, se celebró la primera Asamblea general y se hizo la elección de cargos (1). La Sociedad fué inscrita en el Registro el 24 de octubre, con la denominación **Rochdale Society of Equitable Pioneers**, que se puede traducir: Sociedad de los Probos Exploradores de Rochdale, tomando la palabra «exploradores» en el sentido de los que van a la cabeza en el movimiento de avance.



La SOCIAL INSTITUTION, donde se celebraron las primeras reuniones de los *Pioneers*.

No se llegó a la inscripción sin tener que luchar con graves dificultades, principalmente en algo que hoy parecerá a muchos inverosímil. Los fundadores habían redactado los Estatutos en forma que pudieran dedicar a fines educativos la décima parte

de los beneficios. Pero cuando fueron enviados a Mr. Tidd Pratt, el Jefe del Registro, éste denegó la inscripción. La contienda con dicho funcionario duró varios meses. Los Estatutos fueron modificados una y otra vez. La Sociedad trataba de estimular la educación por diferentes medios, pero el registrador lo tachaba siempre. «No se nos permitía instruirnos — escribía, muchos años después, uno de los fundadores, Juan Kershaw —, pero a la Sociedad le repugnaba mucho prescindir de la cláusula

(1) Fueron elegidos: Presidente, Miles Ashworth, acaso por ser el de más edad; Tesorero, Juan Holt; Secretario, Jaime Daly; *Trustees* o Vocales del Consejo: Carlos Howarth, Jorge Ashworth y Guillermo Mallalieu.

Directores: Jaime Tweedale, Jaime Smithies, Jaime Bamford y Guillermo Taylor.

Revisores de cuentas: Juan Bent y José Smith.

relativa a la educación. Tuvimos sobre el asunto una copiosa correspondencia con Mr. Tidd Pratt, pero nunca cedió.» Eran aquellos los días — pone Holyoake por comentario — en que la Ley prohibía a los obreros que se instruyesen, y el Gobierno les negaba derechos y libertades fundándose en su falta de conocimientos (1).

(1) La «Industrial and Provident Societies Act» de 1852 legalizó las consignaciones estatutarias de este carácter (para obras de educación y análogas). Tal declaración se omitió en la Ley de 1856, y fué nuevamente incluida en la de 1862. En el intervalo, muchas Sociedades dejaron de preocuparse por la obra de educación y enseñanza, no obstante el ejemplo altísimo dado por los cooperadores rochdalianos de 1844. Aun hoy, después de haber cambiado tanto las cosas y de considerarse lícito y meritorio lo que entonces era vitando, hay bastantes Cooperativas en cuyos presupuestos no hay consignación para enseñanza o se consigna una cantidad insignificante; pero, a partir de 1862, la mayoría de las Sociedades atendió cada vez más a tan importante labor; y levanta el ánimo ver que, en 1921, gastaron las Cooperativas inglesas en obras educadoras más de 188.000 libras esterlinas (unos 6 millones de pesetas, si se tiene en cuenta el cambio), suma a la cual ha de agregarse todavía lo invertido por la *Co-operative Union*.

V

Se inaugura ruidosamente la tienda de los «Pioneers».

Hacia falta un local; y, tras las necesarias pesquisas, se encontró, al fin, en la planta baja de una empinada calle transversal y de tercer orden, llamada Toad Lane, como si dijéramos «el callejón del Sapo». Ana Tweedale, la única mujer que había entre «los veintiocho», intervino eficazmente para vencer la resistencia del propietario, pariente suyo. Hubo de hacerse contrato por tres años a nombre de Carlos Howarth, pagando de alquiler 10 libras esterlinas anuales. Los dos pisos altos de la casa estaban dedicados a capilla y escuela dominical de la secta metodista (1).

La tienda, aunque oscura y en deplorable estado de conservación, pareció a los denodados reformadores muy a propósito. Se hicieron leves trabajos de adecentamiento, se montó en la pared izquierda una modesta anaquelaría, se puso un mostrador pequeño y tres bancos adquiridos a 5 chelines cada uno. Esto fué todo el equipo.

Pensaron instalar el alumbrado por gas; pero la Compañía se negó al suministro, temerosa de no poder cobrar las facturas. Fuerza fué resignarse y alumbrar la tienda con «velas de a cuarto» (*farthing candles*) (2), con lo cual resultaba más oscura y destartalada todavía.

Vino luego la compra de las existencias necesarias para el despacho. No están de acuerdo las historias acerca de cuáles fueron los artículos con que se iniciaron las operaciones, ni si eran en número de cuatro, de cinco o de seis. Parece lo más seguro que se comenzó expendiendo úni-

(1) Dícese que la tienda de Toad Lane, en que los famosos veintiocho dieron comienzo a sus operaciones se llamaba ya «la tienda de los Pioneers» años antes de que Carlos Howarth alquilara el local para la Cooperativa. Tuvo su origen la denominación en el hecho de que la tienda sirvió de almacén para un regimiento de Pioneers o exploradores, que permaneció algún tiempo en Rochdale, siendo luego trasladado a Bury. Y no sería inverosímil que esta circunstancia sugiriera el título dado a la nueva Sociedad, fundada por quienes venían a ser como los exploradores del ejército cooperativo. Sin embargo, en opinión de Holyoake, trátase más bien de una simple coincidencia, pues por aquel tiempo eran ya muchas las publicaciones de carácter social y obrero hechas con el título de *Pioneer*, y esta idea de ser como los exploradores o avanzadas estaba fuertemente impresa en la mente de los socialistas de entonces.

(2) Un *farthing* equivale a un cuarto de penique.

camente azúcar, manteca, harina de trigo, harina de avena y velas, de las empleadas para alumbrar el local. El valor de las cantidades compradas no pasó, en junto, de 14 libras esterlinas (350 pesetas).

El transporte de los géneros al nuevo *almacén* se hizo en humilde ca-



Inauguración de la tienda de Toad Lane.
(2) de diciembre de 1844.)

retilla de mano. Como volcara en uno de los viajes, lo tuvieron muchos por presagio funestísimo.

Fijóse para la apertura el 21 de diciembre, el día que anochece más temprano en todo el año. Por el barrio había cundido la noticia de que era llegada la noche de la inauguración. Los comerciantes se burlaban desdeñosamente de aquellos tenderos aficionados. Uno profetizó que «la vela de a cuarto se apagaría muy pronto». Casi toda la vecindad consideraba una locura el intento de reformar el mundo «abriendo una tienda de queso y manteca».

Cada cual decía su cuchufleta, más o menos ingeniosa. Y lo peor fué

que se mezclaron en el asunto los *doffers* (1) de las fábricas. Los *doffers* venían a ser los pilluelos de Rochdale. Encerrados en las fábricas muchas horas al día, desde tierna edad, sin facilidades para instruirse y educarse, nada tiene de extraño que, al terminar la jornada y verse libres por las calles, no fueran un modelo de corrección precisamente. Inclínados, como chiquillos, a exagerar la actitud de burla y menosprecio dominante en el barrio, acudieron en buen número al callejón del Sapo, y allí movieron gran alboroto de silbidos y cánticos, emitiendo cada cual su opinión a grito herido, para que la gente se enterase bien de tan autorizados dictámenes.

Tal, poco más o menos, era el cuadro al caer la tarde del 21 de diciembre de 1844. ¿No es muy de perdonar que los audaces cooperadores sintieran flaquear su valor y vacilaran cuando llegó el momento de abrir las puertas? Los gestores se hallaban en su puesto, detrás del mostrador, y entre ellos Samuel Ashworth, nombrado Gerente, cargo que desempeñó hasta veintidós años más tarde, cuando la gerencia se había convertido ya en una cosa muy seria. Era punto acordado que se abriría en aquel día y hora: todos estaban en ello, nadie pensaba en volverse atrás; pero la trivial y rápida maniobra de salir y abrir las maderas apareció por un instante en la imaginación de aquellos hombres sencillos como una acción heroica.

Rompiendo la penosa indecisión, se lanzó, al cabo, uno de los cooperadores, y, con el atropellamiento de la nerviosidad, abrió la tienda y dió paso hasta el callejón a la triste y mortecina luz de las velas de a cuarto. La historia nos ha conservado el nombre de aquel héroe de un minuto: se llamaba Guillermo Taylor. Algunos le habían puesto el mote de *Cara Vieja*. Poco rato después de haber quitado las maderas, un grupo de *doffers* gritaba a coro: «¡Ohé! Al fin se abrió la tienda del tejedor *Cara Vieja*». Por mucho tiempo se siguió llamando a la cooperativa «la tienda de los viejos tejedores».

Isa Nicholson refiere que muchas mujeres entraron en la tienda a pedir multitud de cosas cuya inexistencia les constaba, pues su intención no era la de comprar, sino la de curiosar y asaclear con innumerables preguntas a los pacientes cooperadores. A la salida, fué opinión unánime de las inspectoras voluntarias que la tienda cooperativa no duraría una semana.

Algunos chicuelos se arriesgaron también a entrar, mirándolo y remirándolo todo con aire de suficiencia; y, al tiempo de salir huyendo, obsequiaban a los tenderos improvisados con guiños picarescos y muecas irrespetuosas.

Así fué la resonante inauguración de la tienda establecida por los

(1) En la jerga de las fábricas de tejidos inglesas, *doff* significa sacar la bobina. De ahí la palabra *doffer*, con que se designaba a los muchachos encargados de esa operación.

Pioneers. Las profecías de comerciantes, comadres y pilletes quedaron, con el tiempo, muy malparadas. Setenta años después, siguiendo las huellas de los tejedores de Rochdale y aprovechando su experiencia, había en Europa cerca de 30.000 Cooperativas de consumo, con unos 10 millones de socios, que hacían en el año compras por valor de 5.000 millones de pesetas, aproximadamente. Y, gracias a los *viejos tejedores*, los nietos de los *doffers* de 1844 viven hoy en una ciudad más cuidada y se visten y alimentan mejor que sus abuelos.

VI

Los famosos veintiocho.

A continuación va la lista de los veintiocho socios con que contaba la Cooperativa al tiempo de la inauguración. La lista fué primeramente publicada por Jorge Jacobo Holyoake, al final del capítulo XIV de su obra *The History of the Rochdale Pioneers*. Se han agregado algunas noticias complementarias de diversos orígenes y se ha modificado también el orden (que en la obra de Holyoake parece ser completamente caprichoso, como al azar), para poner a la cabeza a los cinco primeros presidentes de la Sociedad y a los que mayor participación tuvieron en la obra.

MILES ASHWORTH.—Tejedor de franela. Cartista. Fué el primer presidente de la Sociedad, elección en la que verosíblemente influyó la circunstancia de ser el más viejo de los fundadores.

CARLOS HOWARTH.—Obrero en una fábrica de tejidos de algodón. Socialista. El más significado de los «Pioneers». Principal autor de los estatutos. En particular fué quien propuso la distribución de los beneficios proporcionalmente al importe de las compras hechas por cada socio. A su nombre se hizo el contrato de la primitiva casa de Toad Lane, y a su nombre se sacó la licencia para vender tabaco en 1845. Vocal del primer Consejo directivo. Presidente de la Sociedad en el segundo año. Desempeñó la Secretaría en diferentes ocasiones. Fué de los que intervinieron más activamente en la creación y organización de la Rochdale District Corn Mill Society y de la North of England Co-operative Wholesale Society, Limited, de Mánchester. A su muerte era director de la Compañía Cooperativa de Seguros.

Había tomado parte muy activa en la agitación en pro de la Ley de las diez horas y fué uno de los delegados enviados a Londres. Representó a los obreros en diferentes negociaciones con los patronos de Rochdale.

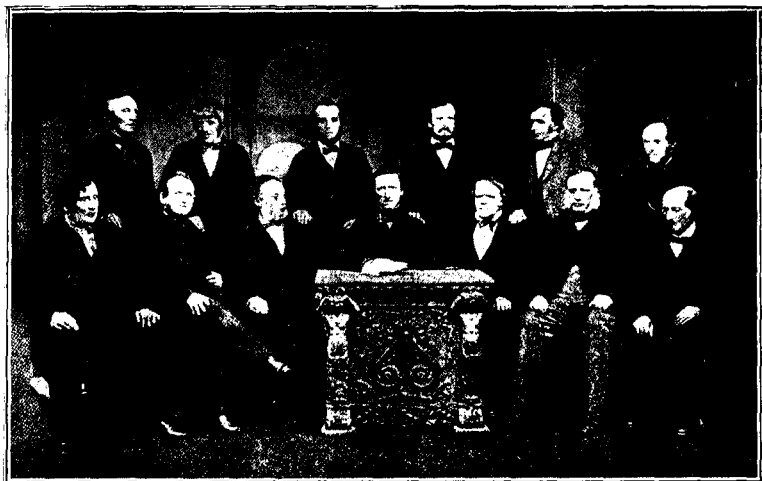
Carlos Howarth murió en Heywood en 30 de junio de 1868.

JAIME SMITHIES.—Clasificador de lanas y tenedor de libros. De la Reforma Social. Director de la Sociedad en su primer año; Presidente en el tercero. Fué también Secretario y Vocal del Consejo. Gran propagandista de la Cooperación; se esforzó siempre por mantener en ella un espiri-

tu de justicia y fraternidad. Se ha dicho de él que, en algunos aspectos, fué el más grande de los «Pioneers».

JUAN KERSHAW. — De oficio guardaalmacén en una mina de carbón Cartista «a medias». Tomó parte muy activa en las discusiones habidas en 1843 sobre «los mejores medios para obtener la Carta del Pueblo», dis-

Jaime Manock. Juan Collier. Samuel Ashworth. Guillermo Cooper. Jaime Tweedale. José Smith.



Jaime Standing. Juan Bent. Jaime Smithies. Carlos Howarth. David Brooks. Benjamin Rudman. Juan Scrowcroft.

Trece de los fundadores. (Retrato hecho en 1865.)

cusiones que tuvieron por resultado indirecto la fundación de la Cooperativa. Fué el cuarto Presidente.

JAIME TWEEDALE. — Constructor de zuecos. Socialista. Uno de los Directores de la Sociedad en el primer año. Quinto Presidente.

SAMUEL ASWORTH. — Tejedor de franela. Cartista. Era el más joven de los veintiocho Pioneers e hijo de Miles Asworth. Fué el primer encargado de ventas y Gerente de la Sociedad durante veintidós años. Cuando en 1866 pasó al servicio de la Wholesale de Manchester, la Cooperativa de Rochdale tenía más de 6.000 socios y 2 millones y medio de pesetas de capital. Bajo su dirección, la cifra anual de operaciones de la Wholesale pasó en tres años, de 180 000 libras esterlinas, a 800.000. Murió en 1870, a los cuarenta y seis años de edad. Comenzó, pues, su actividad cooperativa en Toad Lane, a los veinte años.

GUILLERMO COOPER. — Tejedor de franela. Socialista. Primer cajero

de la Sociedad, a la que tenía gran devoción. Propagandista activísimo de la organización cooperativa. En opinión de algunos, era, después de Carlos Howarth, el de mayor capacidad entre los famosos veintiocho. Fué el encargado de pronunciar la oración fúnebre en el entierro de Carlos Howarth. Pocos meses después, el 31 de octubre de 1868, moría Guillermo Cooper, a los cuarenta y seis años de edad.

BENJAMÍN RUDMAN.—Tejedor de franela. Cartista. «Hombre de pocas palabras, pero firme sostén de la Sociedad.»

GUILLERMO TAYLOR.—El «valiente» que se decidió a salir a quitar las maderas de las ventanas en la histórica noche del 21 de diciembre de 1844, sin miedo a la rechifla que le aguardaba. Uno de los directores elegidos en la primera Asamblea general.

ROBERTO TAYLOR.—Con otros varios socios no fundadores fué comisionado en 1849 para organizar la venta de libros, periódicos, etc., y aplicar los beneficios a la instalación de una sala de lectura.

DAVID BROOKS.—Estampador. Cartista. Primer agente de compras de la Sociedad, en cuyo servicio no escatimó nunca tiempo ni trabajo.

JUAN COLLIER.—Mecánico. Socialista. Perteneció al Consejo en diferentes ocasiones.

JAIME MANOCK.—Tejedor de franela. Cartista. Fué, en diferentes ocasiones, Vocal del Consejo y Director de la Sociedad.

JOSÉ SMITH.—Escogedor de lana. Partidario de la Reforma Social. Individuo de la primera Comisión de cuentas.

JUAN BENT.—Sastre. Socialista. Uno de los primeros revisores de cuentas de la Sociedad.

JAIME DALY.—Uno de los que más influyeron con el Comité de los tejedores de franela para que se pronunciara por la creación de la Cooperativa.

JUAN HILL.—En el mismo caso que el anterior.

JUAN HOLT.—Elegido Tesorero en la reunión del 11 de agosto de 1844.

GUILLERMO MALLALIEU.—«Trustee» o Vocal del Consejo elegido en la primera Asamblea general.

JAIME STANDRING.—Al fundar la Sociedad era de oficio tejedor de franela, y owenista o partidario de la Reforma Social, en política. Había sido Secretario del Comité para procurar la adopción de una Ley que estableciera la jornada de diez horas en las fábricas.

JAIME MARDEN.—Tejedor de Francia. *Teetotaler*, o partidario de la templanza. Sin filiación política determinada.

JUAN SCROWCROFT.—Vendedor ambulante. Sin filiación política determinada.

JUAN GARSIDE.—Ebanista.

JAIME BRAMFORD.—Uno de los cuatro Directores elegidos en la primera Asamblea general de 14 de agosto de 1844.

JORGE HEALEY.—Sombrerero.

JAIME WILKINSON.

SAMUEL TWEEDALE.—Tejedor. Inauguró la primera serie de «lecturas» o conferencias dadas en Toad Lane con una sobre «La moral de la vida diaria». Estaba considerado como el «orador» de la Cooperativa. Emigró después a Australia.

ANA TWEEDALE.—La única mujer que había entre los veintiocho fundadores. Ayudó eficazmente a vencer las dificultades que había para el arriendo del primer local.

Además de los trece que figuran en el retrato hecho en 1861 sobrevivían en dicho año Miles Ashworth, Juan Kershaw y Jaime Marden, los cuales, por causas que no constan, no formaron parte del grupo.

VII

Los primeros pasos.

Para despachar, a un corto número de compradores, pequeñas cantidades de sólo cinco artículos, no se necesitaba una gran actividad. Se acordó, en consecuencia, que el «almacén» se abriría únicamente los lunes, de siete a nueve, y los sábados, de seis a siete de la tarde. Si los recaudadores de cuotas nos parecen hoy dignos de admiración por su oscura labor de recorrer, todos los domingos, un gran número de kilómetros, recogiendo unas cuantas monedas de bronce, y así hasta reunir las 28 libras esterlinas con que se inició el triunfo del movimiento cooperativo moderno, nadie negará que las mujeres de los cooperadores de 1844 son tan dignas de admiración, o más todavía: no sólo habían de recorrer distancias grandes para ir a su tienda, pasando por delante de otras mejor surtidas, y habiendo de sujetarse además a la condición de acudir, lunes o sábados, y a horas determinadas, sino que más de una vez se encontraban al llegar con una respuesta desconsoladora, por muy amablemente que fuera dicha, como por ejemplo: «se ha concluido el azúcar» o «esperamos recibir un saco de harina, mañana o pasado».

A pesar de todo, el desarrollo de las operaciones hizo pronto imposible que los cooperadores hicieran todo el trabajo después de su jornada en las fábricas; y a partir de marzo de 1845, se acordó abrir el despacho todos los días laborables, menos los martes, y por mayor número de horas que hasta entonces.

Por aquellos mismos días se resolvió también sacar, a nombre de Carlos Howarth, la licencia para vender té y tabaco. Este avance señalado requería el empleo de capitales mayores. Se hizo así presente a los socios, reunidos en Junta general. Unos prometieron encontrar media corona, otros, 5 chelines; cada cual llegó hasta donde creyó que podía. Hubo quien se aventuró hasta una libra esterlina. No se habló—el detalle merece ser subrayado—de suscribirse por tal o cual cantidad, ni de comprometerse a pagar o adelantar las sumas correspondientes, sino de *prometer encontrarlas*.

En octubre de 1845 comenzó el despacho de carne.

Al terminar el primer trimestre, la Sociedad distribuyó un «dividendo» (exceso de percepción) de 3 peniques por libra esterlina de compras (1 1/4 por 100), después de haber reducido la valoración de las existen-

cias a lo que se suponía podrían producir en caso de realización por suabasta. El segundo dividendo fué de 4 peniques (1 5/8 por 100); el cuarto, al fin del primer año, fué de 7 peniques (3 3/4 por 100) (1).

En el primer año no se pagó ningún interés a las acciones. Los remanentes, después de repartir el exceso de percepción, se acumularon para aumentar el capital. Después se abonó a las acciones el 2 1/2 por 100, y más tarde el 4 por 100.

Al acabar el año de 1845, la Sociedad contaba con 80 miembros y un capital de 181 libras esterlinas, 12 chelines y 3 peniques (unas 4 550 pesetas, a la par). El término medio de lo despachado por semana en el mes de diciembre de 1845, es decir, al año de comenzar las operaciones, fué de unas 30 libras esterlinas (750 pesetas).

Pocos fueron los socios ingresados en 1846; pero el capital subió a 252 libras esterlinas, y el despacho semanal a 34.

Los años de 1846 a 1848 se caracterizaron por un malestar económico general. Se notaba gran apatía en las gentes de la población. Estas circunstancias aumentan el valor de los progresos hechos en aquel tiempo.

En 1848 fueron muchos los socios que, viéndose en situación económica apurada, enajenaron todas sus acciones, menos una, según permitían los Estatutos. Hubo también bastantes socios nuevos, subiendo el número total a 140; el capital, a 397 libras esterlinas, y el despacho semanal, a 80 (2.000 pesetas). Como el local de la planta baja resultaba insuficiente, se alquiló toda la casa, haciendo contrato por veintiún años.

En 1850, la paz social se vió turbada en Rochdale por disputas religiosas, que amenazaron la vida de la Cooperativa. Se conjuró el peligro mediante un acuerdo, un tanto tautológico, sobre la libertad de todos los socios de expresar sus ideas y sentimientos en ocasión y forma oportunas, y el acuerdo de no admitir nuevos socios en un plazo de seis meses. A pesar de estas borrascas, la Sociedad siguió desarrollándose: los socios llegaron a 600 y el capital a 2 300 libras esterlinas.

Al año siguiente (1851), el despacho se abrió por primera vez todo el día. Al subsiguiente se inauguraron los departamentos de zapatería y sastrería. En 1857, a los trece años de fundada la Sociedad, los socios eran 1.850, el capital pasaba de 15.000 libras esterlinas, los beneficios anuales pasaban de 5.000 y el despacho semanal era de casi 1.500 libras esterlinas.

(1) El octavo reparto trimestral fué de 1 chelín y 4 peniques por libra esterlina (6 2/3 por 100). Se calculó que el mayor reparto que podría hacerse sería de 1 chelín y 8 peniques (8 1/3 por 100); pero después se mantuvo muchos años entre 2 chelines y 2 chelines y 6 peniques (10 a 12 1/2 por 100).

VIII

Una empresa comprometida: La «Rochdale District Corn Mill Society».

Al acabar el año 1850, y a imitación de lo que se había hecho, con buen resultado, en la ciudad de Leeds, comenzó sus operaciones la «Rochdale District Corn Mill Society», o sea Sociedad de Molinería del distrito de Rochdale. Su objeto era suministrar a los socios harina pura y más barata que en el mercado. Entre los iniciadores y principales defensores de la idea figuraban Smithies, Greenwood y Carlos Howarth, significadísimos, como sabemos, en la Sociedad de los «Equitable Pioneers», la cual invirtió en la nueva empresa 400 libras esterlinas, cantidad aumentada poco después a 600. En el año siguiente (1851) se hicieron además varios anticipos a la Corn Mill Society a cuenta del género que había de entregar.

Desgraciadamente, resultó que la harina suministrada era de calidad inferior. Parece que esto era debido a que, por falta de capital, había que comprar el grano a crédito y aceptar clases inferiores, no obstante ser altos los precios; además, el molido era defectuoso, por insuficiencia técnica de quien dirigía la operación.

A pesar de todo, la Sociedad de los *Equitable Pioneers* tomó valerosamente el partido de no vender más harina que la producida por la «Rochdale Corn Mill Society». Claro es que la venta bajó considerablemente. Y lo peor fué que al saberse que, a pesar de los esfuerzos hechos, la Corn Mill había perdido 441 libras esterlinas (11.025 pesetas, a la par) en el tercer trimestre de 1851, se cundió la voz de que la Cooperativa estaba seriamente comprometida, por las sumas facilitadas a la empresa harinera. Muchos dieron por seguro que ésta arrastraría a la primera en su caída, y se inició el pánico entre los socios de los *Pioneers*.

Unos sostenían que debía abandonarse el asunto de la fábrica de harinas; otros, que cada socio de la Cooperativa debía suscribirse por una libra esterlina para cubrir la pérdida y despejar la situación; otros, sin entrar en discusiones, solicitaron el abono de las cantidades que tenían a su favor en la Cooperativa.

Triunfó, al cabo, el criterio de resignarse ante los hechos consumados, en lo que tuvieran de irreparable; pero siguiendo adelante y saneando el asunto, mediante el esfuerzo que fuera preciso. Los defensores de esta solución se hicieron fuertes en que las reuniones de la Corn Mill

se venían celebrando en el local de los *Pioneers*, y los socios más significados de la primera lo eran también de la segunda, por todo lo cual el crédito y el buen nombre de la Sociedad antigua padecerían si la nueva se venía abajo, y eso importaba más que la pérdida de los fondos invertidos. Smithies, el paladín de esta causa, lo presentaba como caso de honor para los *Pioneers*. Por otra parte, si se iba a una liquidación forzada de la *Corn Mill*, no se obtendría por la instalación ni la mitad de su valor real, agravando así la pérdida. Había llegado el momento de poner a prueba la fe que cada cual tuviera en la cooperación.

Hubo quien flaqueó; pero la mayoría de los socios respondió cumplidamente al llamamiento, aportando dinero, buscando quien lo aportara o, cuando menos, dejando en la Cooperativa los excesos de percepción devengados. No era poco seguir demostrando confianza cuando algunos iniciaban la huida.

Buscando el hombre capaz de guiar la empresa a puerto de salvación, todos pensaron en Abraham Greenwood (1), cuya prolongada y fuerte devoción a la obra le costó la salud y casi la vida, según consigna Holyoake.

Se emprendió la obra de reconstitución interior y de sancamiento, corrigiendo vicios, defectos, despilfarros, torpezas y errores de todo género. Se estableció un nuevo sistema para las compras de granos. Se corrigieron las deficiencias del molido. Se montó de nuevo el sistema de contabilidad, a cargo de persona experta, remunerada y responsable, pues las cuentas, llevadas hasta entonces gratuitamente por consocios que creían hacer un buen servicio prestando por



Abraham Greenwood.
(1824-1911.)

(1) *Abraham Greenwood* nació en Rochdale, en 1824. A los diez y ocho años fué Secretario de la Asociación Cartista. Ingresó en la Sociedad de los *Pioneers* en 1849. Al año siguiente fué designado, con otros varios, para organizar la venta de libros y periódicos y la sala de lectura. Tomó parte activísima en las diferentes obras de educación. Presidente de los *Pioneers* en 1856. Uno de los iniciadores de la *Corn Mill Society* y su primer Presidente y salvador. Como se verá en otro capítulo, fué también iniciador, organizador y primer Presidente de la *Cooperative Wholesale Society*. Promovió también la creación del periódico *Co-operative News* y fué su Presidente durante veinticinco años. Abraham Greenwood murió el año 1911 en Knott End, pero fué enterrado en Rochdale. Su participación en la obra cooperativa no ha sido superada por nadie.

más o menos tiempo su ayuda desinteresada, habían llegado a ser como una selva por la cual era imposible avanzar sin perderse. Hubo también necesidad de prescindir del gerente, y el propio Abraham Greenwood asumió sus funciones, conservando las presidenciales.

Todo esto parecerá ya mucho; pero aun hubo de luchar con otras dos dificultades inesperadas y no de escasa monta.

El propietario del edificio en que la Corn Mill tenía su instalación no lo era del terreno, y había descuidado el pago del canon o renta de tres años. Para cobrar su crédito, el dueño del terreno hizo proceder al embargo de la propiedad de los cooperadores, no obstante no alcanzarles moralmente ni la más leve responsabilidad en la cuestión. Para evitar mayores males, fué preciso poner de nuevo a contribución la capacidad económica y, sobre todo, la confianza de los *Pioneers* en sus propios directores.

La otra dificultad nacía de una aprensión falta de fundamento y hasta con sus ribetes de cómica, pero no era por eso menos temible. Fieles a su norma de expender únicamente mercancías puras y legítimas, sin aderezos ni sofisticaciones, los *Pioneers*, al incautarse de la gestión de la Corn Mill, dieron la harina tal como resultaba del grano sometido a la molienda. Era, como se ha dicho, de calidad sana, pero un tanto inferior; y la harina, por ser pura, resultaba algo más morena que la usual en el mercado, sometida a determinados artificios de blanqueo. El público, acostumbrado al engaño, se negó obstinadamente a recibir la harina pura y consideraba engañadores a los que decían la verdad. Fué preciso transigir, blanquear gran parte de la harina por los medios usuales, y tener, por algún tiempo, harina de las dos clases a disposición de los compradores para que eligiesen libremente, sin perjuicio de explicarles en qué estribaba la diferencia. De este modo se fué haciendo la reeducación del consumidor, que, como todas las reeducaciones, habría sido imposible de hacer por medios bruscos y violentos.

Al fin, la firmeza y perseverancia de los *Pioneers* vencieron todas las dificultades y pudieron más que todas las resistencias. Ello no fué tampoco obra de largos años: aun no bien cumplido el primero, es decir, en septiembre de 1852, se dió ya cuenta de que las pérdidas de la Corn Mill estaban liquidadas, y el balance trimestral acusaba por primera vez una ganancia de 100 libras esterlinas.

La energía de Abraham Greenwood y sus colaboradores había logrado ganar provecho y honra para los *Pioneers* en un asunto donde muchos habían visto como inevitable la pérdida cuantiosa, el descrédito y acaso la ruina.

IX

La fábrica de tejidos.—Lucha sobre la distribución de beneficios.—Los fundadores son vencidos por la mayoría de los accionistas de la sociedad filial.

El éxito feliz alcanzado en la cooperación de consumo animó a los *Pioneers* a organizar también la producción sobre base cooperativa. Fijaron su atención en la industria textil, predominante, como sabemos, en la localidad. Inicióse la empresa en 1854. Se comenzó a trabajar en 1855, con una instalación de 96 telares. En el mismo año, se hizo una segunda instalación con maquinaria nueva, calculada para que, entre las dos hilaturas, pudieran moverse 50.000 husos. Las máquinas motrices de la segunda sumaban 60 caballos de vapor y llevaban los significativos nombres de *Cooperación* y *Perseverancia* (1).

Así como en la Cooperativa de consumo establecieron los *Pioneers* el principio de la admisión de los compradores habituales que quisieran pasar a ser socios, para que de esta forma pudieran todos hacer efectivo su derecho a participar de las devoluciones del exceso de percepción, por razón de la parte de beneficios atribuible a sus compras, así también, al organizar las hilaturas, se reconoció que los beneficios de la nueva empresa habrían de tener su origen, de un lado, en el empleo de capital, y de otro, en el talento, la habilidad, la buena voluntad y el cuidado que los trabajadores pusieran en su labor.

En consecuencia, se estableció el principio de la participación del obrero en los beneficios de la empresa. Los organizadores quisieron llevar a sus talleres las ventajas que para el bienestar de sus hogares habían logrado en la cooperación de consumo.

El ensayo fué seguido con interés grande, no sólo en Rochdale y en toda Inglaterra, sino en algunos centros industriales del Continente. Pero, a pesar de los vigorosos esfuerzos de los más significados de los

(1) Nótese que la fundación de estas hilaturas responde a la idea de una Cooperativa de producción, mientras que en la *Corn Mill Society* se trataba más bien de la producción por las Cooperativas de consumo reunidas al efecto, y para los propios consumidores. Esta distinción, que ahora parece vulgar, de puro sabida, tardó muchos años en ser debidamente apreciada, incluso por algunos gobernantes

Pioneers, el principio de la participación del obrero en los beneficios apenas llegó a ser puesto en práctica (1).

Los *Pioneers*, al iniciar la fundación de la nueva empresa, dejaron abiertas para todos las listas de suscripción. A favor de esto, muchas de las acciones de la *Rochdale Cooperative Manufacturing Society*, que tal era el nombre de la nueva entidad, fueron adquiridas por gentes que veían en el asunto una buena inversión de su dinero, pero a quienes la idea cooperativa les era indiferente, y aun había algunos hostiles a ella. Desde este momento, el principio de la participación del obrero en los beneficios corrió un gravísimo riesgo de no ser aplicado.

El Almanaque de 1860, publicado por los *Pioneers*, recuerda el principio en los términos siguientes: «El objeto de la Rochdale Cooperative Manufacturing Society (Sociedad cooperativa manufacturera de Rochdale) es el de procurar los medios por los cuales sus socios puedan tener los beneficios procedentes del empleo de su propio capital y de su propio trabajo en las manufacturas de algodón y de lana, y mejorar así la condición doméstica y social de todos los socios. Los beneficios anuales procedentes de las operaciones de la Sociedad, después de pagar el interés del capital a razón de 5 libras por 100 al año, serán distribuidos entre los socios, a razón de un tanto por ciento igual para el capital suscrito y para el trabajo ejecutado. Todos los miembros tienen el mismo derecho de votos y la misma intervención, cualquiera que sea el importe de sus operaciones.»

En ese mismo año de 1860 se inició ya abiertamente la campaña contra el principio de atribuir al trabajo una participación en los beneficios. Puesto que los obreros percibían el precio de su trabajo, no se les debía nada más. Esta fué la tesis mantenida por los partidarios de que se derogase el correspondiente precepto estatutario. Jaime Smithies, Abraham Greenwood y Guillermo Cooper fueron los principales defensores de que el principio se mantuviera.

Cuando se llegó a la votación hubo 571 votos contra la participación del trabajo en los beneficios y 270 a favor de ella. Como para la reforma de las reglas sociales se necesitaba, según los Estatutos, una mayoría de las tres cuartas partes de votos, el principio fué mantenido por el pronto; pero sus enemigos volvieron a la carga, dos años más tarde, considerablemente reforzados, y lograron la victoria. De 1.500 socios, votaron 664, y de éstos, 502 en contra y 162 en pro del principio estatutario.

(1) Sobre esto hay algunas referencias equivocadas, que conviene rectificar. El *London Spectator*, del 16 de abril de 1864, decía: «El sistema de admitir a los obreros a la participación en los beneficios ha sido abandonado en Rochdale, previo ensayo.» Con variaciones de forma, esto ha sido repetido por diferentes autores. Como se consigna en los párrafos del texto, no hubo tal ensayo desafortunado, sino una rectificación propuesta por la mayoría, sin que el sistema fuera practicado realmente.

En el Almanaque de 1864, publicado por los *Pioneers*, se desaprobaba lo ocurrido en los términos que siguen: «El principal objeto de los fundadores de esta Sociedad era la distribución equitativa de los beneficios procedentes de las fábricas de algodón y de lana. Creen que todos los que han contribuido a la creación de la riqueza deben participar en su distribución. La Sociedad ha sido infiel a este principio, muy a pesar de sus iniciadores.»

Al decir de Holyoake, esto supuso un alto en la marcha de la cooperación. Lo que sí parece exacto es que muchos vieron entibiada su fe en el movimiento cooperativo. No parece seguro que hubiera un alto en la marcha, sino más bien un momento de vacilación y la merma consiguiente en la velocidad de avance.

Sin formular juicio sobre las actitudes de unos y otros, pues nuestro objeto es solamente el de seguir la historia de la obra cooperativa de Rochdale, daremos por terminado este capítulo, haciendo notar que, a pesar de todo, la discrepancia habida en la sociedad filial, no impidió el perfecto acuerdo en el seno de la Cooperativa matriz de consumo.

X

Cuatro años peligrosos.—La penuria de algodón ocasionada por la guerra separatista de los Estados Unidos.

El problema de la esclavitud se presentaba en los Estados Unidos de América con muy graves caracteres. Los Estados del Norte eran abolicionistas; los del Sur, entre los cuales se contaban los más productores de algodón, eran partidarios de que se mantuviera la esclavitud. En 1861 estalló la guerra de Secesión, o separatista, entre un grupo de Estados y el otro. La primera consecuencia fué que la producción de algodón disminuyó enormemente, y, por tanto, los envíos a Europa. Las fábricas de los Condados de York y de Lancáster se encontraron faltas de primera materia, y cientos de miles de familias obreras se vieron sin trabajo y sin pan.

Muchos creyeron que la cooperación se hundiría en aquella tormenta. Alguien predijo que la cooperación se vendría pronto abajo, como una peonza al agotarse el impulso inicial. La predicción parecía fundada. No se concebía que unos pobres trabajadores, cuyos ingresos procedían principalmente de las fábricas que se iban a cerrar, o a reducir su producción a mucho menos de la mitad, pudieran mantenerse unidos y sostener su obra cooperativa, en medio de una crisis económica e industrial en que naufragaban empresas tenidas por las más fuertes.

Con asombro de muchos, aquellos pobres obreros resistieron la crisis mucho mejor que los industriales poderosos. No pudo evitarse que los cuatro años de 1861 a 1864 merecieran cumplidamente los calificativos de «años de pánico», «de la penuria de algodón» y hasta «del hambre», como se les ha llamado; pero las Cooperativas se salvaron de la crisis, y si los cooperadores sufrieron privaciones, se defendieron mejor que los demás obreros.

Las fábricas de Rochdale no recibieron el golpe ni más ni menos rudo que las restantes del país; pero como la cooperación era allí más antigua, más sólidamente organizada y comprendía un mayor tanto por ciento de la masa obrera, la situación fué menos angustiosa. Por contraste, podía parecer incluso favorable. Véase cómo la pintaba *The Times*, en una información hecha por un su corresponsal en Rochdale, en diciembre de 1862:

«¿Cómo hacen frente los obreros sin trabajo a la calamidad que les abruma?

No es fácil determinarlo exactamente. ¿Dónde colocan sus ahorros en tiempo normal? Esto varía según las poblaciones. En algunas, se buscan los Bancos de ahorro; en otras, las Sociedades de construcción o de socorros. Pero, desde hace algunos años, hay una gran tendencia a ingresar los fondos en las Sociedades cooperativas. En Rochdale mismo, en donde la cooperación funciona en gran escala, puede decirse que casi toda la clase obrera está hoy afiliada al movimiento.

Aquí hay tres grandes establecimientos regidos según el principio cooperativo: el almacén de abastecimientos, el molino harinero y la fábrica de algodón. Estos tres establecimientos representan, en junto, un capital de 140.000 libras (3.500.000 pesetas).

El trimestre pasado, los compradores percibieron un dividendo de 2 chelines, 6 peniques (3 pesetas) por cada libra esterlina de compras. Esto hace que, en lugar de estar perpetuamente entrampado con sus proveedores, como en otros tiempos, el obrero recoge aquí el provecho que iba a manos del comerciante. Cuanto más confortablemente vive, mayor es su parte en los beneficios anuales.

Una nota tomada de los libros de la misma Cooperativa hace ver claramente las ventajas del sistema.

En septiembre, uno de los miembros tenía en su haber 7 libras 10 chelines (187,50 pesetas). Durante ocho años ha comprado en la Cooperativa el vestido y el alimento para sí y para su familia. Ni una sola vez, en ese intervalo, ha hecho ingreso alguno para aumentar su haber. Al contrario, en diferentes ocasiones ha retirado cantidades que suman 90 libras (2.250 pesetas). No obstante, al acabar el último trimestre, tenía 50 libras de saldo a su favor (1.250 pesetas).

Los dividendos que le correspondieron por razón de sus compras durante los últimos ocho años, más los intereses de los fondos que se acumulaban así en la Cooperativa, le habían producido, según esto, una suma de 140 libras (3.500 pesetas), o sea más de 17 libras (437 pesetas) por año.

Con toda probabilidad, si este jefe de familia, durante el mismo lapso de tiempo, hubiera adquirido en otra parte sus vestidos y sus alimentos, habría gastado un 10 por 100 más, y al acabar ese período se habría encontrado con una deuda de 5 libras esterlinas (125 pesetas), cuando menos.

Es, pues, muy natural que, en estas condiciones, el número de los cooperadores y el importe de las operaciones hechas por ellos aumenten rápidamente, y que las clases obreras traten en todas partes de establecer instituciones análogas.

Con tal rapidez aumenta el capital en las Cooperativas que, a pesar de todas las sucesivas ampliaciones de su obra, están siempre en busca de empleo para el capital (1). Se construyó primero un molino harinero, en actividad desde hace nueve años, y cuyos beneficios, en 1861, fueron de 10.000 libras esterlinas (250.000 pesetas). El capital inicial del molino era de 2.000 libras, y asciende actualmente a 30.000 (750.000 pesetas), de

(1) Esta apreciación, como alguna otra del trabajo periodístico reproducido, peca de optimista, evidentemente. Pero es muestra elocuentísima del prestigio y del crédito que, gracias a la obra de Rochdale, había adquirido en pocos años la idea cooperativa, tenida hasta entonces por una ilusión irrealizable en la práctica.

las cuales 9.000 (225.000 pesetas) han sido suscritas por la Cooperativa de los *Pioneers*.

En vista del éxito de esta industria, los cooperadores se sintieron emprendedores, y se han lanzado a una experiencia que a primera vista me parece arriesgada. Han concebido la idea de asociar el capital y el trabajo, ser sus propios patronos y repartirse todo el fruto de sus esfuerzos.»

Como se ve, el corresponsal de *The Times* escribía animado por el sentimiento de entusiasmo que le produjera la obra admirable de los cooperadores. Unas cuantas cifras dirán más exactamente aún hasta qué punto pudieron vencerse las dificultades de aquellos años.

Situación de la Rochdale Society of Equitable Pioners (1860-1864).

AÑOS	Número de socios.	Capital. — £	Total de operaciones. — £	Beneficios, incluyendo intereses. — £
1860.....	3.450	37.710	152.063	15.906
1861.....	3.900	42.925	176.206	18.020
1862.....	3.501	38.465	141.074	17.564
1863.....	4.013	49.961	158.632	19.671
1864.....	4.747	62.105	174.937	22.717

Como se ve, únicamente el año 1862 acusa una ligera disminución (1); pero inmediatamente, y sin esperar al término de la crisis, se reanuda el movimiento de avance. La Cooperativa de los *Pioneers* era como un refugio seguro en medio de la tempestad.

En el mismo año de 1862, los *Pioneers* instalaron en Blue Pits un nuevo despacho, que les costó 700 libras (17.500 pesetas); al año siguiente construyeron un pequeño Matadero y unos establos, instalando además una carnicería, en todo lo cual invirtieron 1.000 libras (25.000 pesetas), más otras 1.000 en un nuevo despacho en Pinfold; en 1864 abrieron dos sucursales más, una en Spotland Bridge y otra en Oldham Road, con

(1) Fué el año en que la penuria de algodón se dejó sentir más cruelmente. Quedaron entonces sin trabajo cerca de las dos terceras partes de la población obrera de Rochdale.

un gasto de 3.200 libras esterlinas en junto (80.000 pesetas). Por si todo esto fuera poco, en aquel mismo tiempo se aprobó el proyecto de construir en Toad Lane, pero con mejor situación que la tienda primitiva, un edificio para almacén y dependencias centrales. Y en aquellos mismos años, y habiendo de vencer para ello innumerables dificultades, se constituyó por fin la Cooperativa Wholesale Society, en cuya fundación tuvieron los *Pioneers* una parte principalísima.

Durante los cuatro años de la crisis, los *Pioneers* gastaron 1.840 libras esterlinas (46.000 pesetas) en educación y enseñanza, y dieron 750 libras (18.750 pesetas) para socorros y obras de caridad.

Por aquel entonces, el Almanaque de la Sociedad consignaba los siguientes consejos, dirigidos «a los cooperadores de Rochdale y a la nación»:

I. Gastad lo que ganáis en cosas de estricta necesidad únicamente. Evitad todo otro gasto.

II. No toquéis a vuestros ahorros sino con parsimonia.

III. Emplead el tiempo libre, lo mejor que podáis, en vuestro progreso intelectual, con cuyo objeto han sido creadas nuestras bibliotecas y salas de lectura.

IV. Contribuid a honrar nuestro movimiento, sabiendo esperar con paciencia tiempos mejores, que han de llegar.

XI

La cooperación de segundo grado.—Primeras Uniones de Cooperativas.—La Agencia Cooperativa Central, de Londres.—El almacén cooperativo al por mayor, de Rochdale.

Puede muy bien decirse que hasta 1830 no hubo asociación alguna entre las Sociedades cooperativas, salvo la relación amistosa establecida natural y espontáneamente entre Sociedades de localidades próximas entre sí, encaminadas a unos mismos fines y con intereses comunes. El Congreso celebrado en Londres en 1830 asoció por primera vez a las Cooperativas, de un modo formal y deliberado, aunque transitorio.

El Congreso de las Sociedades owenistas celebrado en Manchester el año 1831 acordó, con el entusiasmo propio de la época, establecer, no una, sino varias Sociedades cooperativas al por mayor (Wholesale). La de Liverpool dió comienzo a sus operaciones en diciembre del mismo año, tras nuevo acuerdo en el Congreso de Birmingham, celebrado en octubre. Las Sociedades adheridas habían de contribuir a la formación del capital de la Wholesale con 20 libras esterlinas por cada 100 socios que tuvieran. La Wholesale cargaba una comisión del 1 por 100 en las operaciones con las Sociedades que formaban parte de ella, y del 1 1/2 por 100 en las demás. Este primer ensayo fracasó, no consta exactamente cuándo ni en qué forma, a fines de 1832 o comienzos de 1833 (1). Lo cierto es que en el informe presentado al Congreso de Liverpool (octubre de 1832) se pintaba como muy favorable la situación del «bazar» cooperativo, el cual debió de desaparecer muy pronto, pues el periódico de Owen, *Crisis*, no lo menciona siquiera al dar cuenta del Congreso de Huddersfield, celebrado en abril de 1833 (2).

El Juez Tomás Hughes, Lloyd Jones y otros varios de los directores de

(1) B. Lavergne, en su obra *Les Fédérations d'Achat et de Production des Sociétés coopératives distributives*, pág. 95, formula el juicio, ya anteriormente emitido por B. Potter, de que, aun cuando la tentativa de unión de las Cooperativas del Lancashire y del Yorkshire no hubiera fracasado, su éxito habría sido de todas formas de muy corta duración, pues hacia 1834 vino abajo bruscamente el movimiento cooperativo. No sabemos, sin embargo, si el buen resultado de la asociación de Cooperativas habría podido contener ese derrumbamiento.

(2) Percy Redfern, *The Story of the C. W. S.*, pág. 7.

los llamados «Socialistas Cristianos» (1) hicieron el año de 1850 un nuevo intento fundando una Agencia Cooperativa Central (Central Cooperative Agency), cuyo objeto no se limitaba a comprar para las Sociedades cooperativas y distribuir entre ellas, «contrarrestando el sistema de adulteración y fraude que prevalece en el comercio y suministrando a las Cooperativas artículos de la mayor pureza y respecto a cuya calidad pueda tenerse toda confianza», sino que se extendía a establecer el intercambio de mercancías entre las Cooperativas, organizar la propaganda, asesorar a las Cooperativas en cuestiones legales y mercantiles y ayudar a la formación de nuevas Sociedades (2). Establecióse la Agencia en Londres y fracasó antes de llegar a su tercer año, ocasionando pérdidas considerables a los promotores.

Percy Redfern (3) señala como causas del fracaso las siguientes: No se trataba de una federación de Sociedades; y como las Sociedades a quienes afectaba la Empresa no veían en ésta algo propio, no tenían un interés vital en ella. Un hombre capaz y rico, asistido por colaboradores desinteresados, puede hacer mucho, pero no sustituir a una colectividad y a un movimiento democrático. Además, la Agencia estaba mal situada geográficamente con relación a la zona que pretendía servir. Para salvar esta última dificultad se ocurrió tardíamente la idea de establecer una sucursal en Mánchester.

Durante el curso de sus campañas relacionadas con la Industrial and Friendly Societies Act de 1852, la Society for Promoting Working Men's Associations (Sociedad para fomentar las Asociaciones obreras) celebró dos conferencias cooperativas en 1852 (Londres) y 1853 (Mánchester). La Comisión elegida en la primera presentó en Mánchester un informe sobre el establecimiento de depósitos centrales al por mayor, exponiendo tres planes. El primero consistía en que las Sociedades de cada distrito se federasen para crear una *Wholesale*. El segundo plan «no tan completo, pero más practicable», proponía que la Cooperativa mayor de cada zona se adoptase como centro. El tercer plan, del cual se indicaba que había sido esbozado dos años antes en una conferencia de distrito celebrada en Bradford, se reducía a que las Sociedades se pusieran de acuerdo

(1) Consérvanse los nombres de Eduardo Vansitart Neale, Prof. F. D. Maurice, Rev. Canon Kingsley, J. M. Ludlow, J. F. Furnival y José Woodin. Este último, asociado con personas cuyo nombre no consta, continuó luego algunas de las operaciones de la Agencia, bajo la razón social de Woodin & Co, almacenistas de té y café al por mayor.

(2) J. A. Flanagan hace notar que la Central Cooperative Agency coincidía en sus fines con un tipo de Asociaciones de segundo grado, que luego ha sido muy común en el Continente europeo, y en las cuales aparecen combinadas las funciones que en el Reino Unido ejercen separadamente el almacén cooperativo al por mayor (*Wholesale*) y la Unión de Cooperativas (*Wholesale Cooperation in Scotland*, pág. 41).

(3) *The Story of the C. W. S.*, páginas 12-13.

para elegir y sostener un agente de compras que operase en servicio de todas ellas.

Hasta aquí los intentos hechos en la cooperación de segundo grado, antes de que los *Pioneers* abordaran el problema.

La primera indicación hallada en las actas de la Sociedad data de julio de 1853 y dice: «Que José Clegg se cuide del Departamento al por mayor (Wholesale)». G. J. Holyoake, en su conocida obra *The History of the Rochdale Pioneers*, comenta con donosura el laconismo del Secretario Smithies, el cual nos deja en lamentable incertidumbre respecto a la primera intervención de los *Pioneers* en la materia. No consta si existía ya realmente alguna especie de «Wholesale» o si se trataba tan sólo de una propuesta. Mr. Bamford llega a sospechar que el acuerdo transcrito afectaba sólo a la sección de pañería, pues por aquel entonces eran frecuentes las referencias a los asuntos de esa sección, algunas de ellas concordantes con la sospecha apuntada.

Lo positivo es que en la Junta general del 18 de septiembre de 1853, se acordó «acceptar los términos de la conferencia y pasar a ser Depósito Central». La conferencia aludida parece ser una celebrada en Leeds.

En otra Junta general de socios, celebrada el 23 de octubre de 1853 se aprobaron los primeros Estatutos del Wholesale, en los términos siguientes:

1. Los asuntos de la Sociedad se distribuirán en dos departamentos: al por mayor (wholesale) y al por menor (retail).

2. El departamento al por mayor tendrá por objeto el proveer a los socios que deseen adquirir los artículos correspondientes en grandes cantidades.

3. Este departamento estará regido por un Comité de ocho personas y los tres Comisarios (trustees) de la Sociedad, quienes se reunirán todos los miércoles, a las siete y media de la tarde, e intervendrán las compras y ventas de los artículos de que el Consejo de Dirección (Board of Directors) haya acordado tener existencias en el departamento. Este Comité se elegirá en las Juntas trimestrales de abril y octubre, cesando cuatro individuos alternativamente.

4. A dicho departamento se le cargará en cuenta el interés, a razón del 5 por 100 anual, del capital que pueda serle anticipado por el Consejo de Dirección.

5. Los beneficios procedentes de este departamento, después de pagar su administración y demás gastos, incluso el interés antes dicho, se dividirán trimestralmente en tres partes, una de las cuales se reservará para hacer frente a las pérdidas que puedan ocurrir en el curso de las operaciones y hasta que el fondo de reserva así formado iguale al capital inmovilizado que se requiera. Los dos tercios restantes se distribuirán entre los miembros en proporción al importe de sus compras en el departamento.

Aparecen al pie las firmas de Juan Cockcroft, a la sazón Presidente

de la Sociedad; Abraham Greenwood, Guillermo Cooper y Jaime Smithies, este último como Secretario.

Holyoake apunta la semejanza entre este plan y el de Jones, Hughes y demás Socialistas Cristianos, fundadores de la Agencia Cooperativa Central, de cuyo plan o Reglamento había obtenido Smithies una copia, que, seguramente, se tuvo a la vista. La diferencia más señalada parece consistir en la aplicación dada a los beneficios: la Agencia Cooperativa Central los dividía en cuatro partes, una de las cuales se dedicaría al establecimiento de una Asociación de obreros en relación con las Cooperativas; los «Pioneers» prescindieron de esto al planear su «Wholesale» e introdujeron algunas simplificaciones y detalles de carácter local.

Es de observar que Holyoake, tan minucioso y tan seguro en todo lo que se refiere a la historia de los *Pioneers*, se contradice abiertamente respecto a la fundación del departamento al por mayor de Rochdale, pues cita unas veces la fecha de 1852 y otras la de 1855 (1). Lo probable es que del primer año citado arranque el proyecto y acaso el servicio al por mayor de los propios miembros de la Sociedad de Rochdale y que la fecha de 1855 sea la del establecimiento de la nueva organización con las demás Sociedades vecinas.

Lo cierto es que en el año últimamente citado hubo en Rochdale una Conferencia a la que asistieron doce Delegados, acordándose «que las diferentes Cooperativas debían tratar con algún Centro cooperativo, y que la de Rochdale debía recomendarse como Centro para la zona circundante».

Que los comienzos no fueron muy afortunados lo prueba el hecho de que ya en noviembre y en diciembre del mismo año de 1855 se habla de modificar los Estatutos del departamento. En enero de 1856 se acuerda *continuar* y se nombra una Comisión de siete individuos para estudiar las quejas formuladas sobre el régimen de funcionamiento. Después menudean los nombramientos de Comisiones gestoras y delegados para la Conferencia del Wholesale, propuestas de suscripción de acciones y aportación de fondos, aceptación de algunas quejas formuladas, etc., etc.

A continuación de la junta general ordinaria del 5 de abril de 1858 se celebró una extraordinaria para la reforma o supresión de ciertos artículos de los estatutos. El acuerdo fué el de «no reformar» el departamento al por mayor. En opinión de Mr. Crabtree debe interpretarse en el sentido de que los Pioneers no querían matar su Wholesale, sino dejarlo morir tranquilamente. No debió de tardar mucho en ocurrir así, puesto que en la junta general del 7 de marzo de 1859, antes de cumplirse un año a

(1) Véanse, en particular, las páginas 34, 124, 127 y 128 de la obra *The History of the Rochdale Pioneers*, 10.^a edición. Los demás autores suelen citar unos la fecha de 1852 y otros la de 1855. En el *Indice Cronológico*, anejo a la obra de Percy Redfern, se consigna el año de 1856 como correspondiente al comienzo de las operaciones.

partir del anterior acuerdo, se leyó un informe de Guillermo Cooper proponiendo «la reapertura del *Wholesale department*», adordándose aplazarla por tiempo indefinido. Y esto es lo último que dicen las actas de los *Pioneers* acerca del fracasado intento.

¿Qué males abrieron camino a la muerte del «wholesale» rochdaliano? Las referencias de algunos de los principales gestores permiten juzgar del caso con bastante seguridad. Al principio, no sólo se pagó el interés al capital, sino que se pudo también repartir dividiendo sobre las compras. Mas pronto se introdujo la envidia, «el demonio de todos los movimientos obreros hasta aquel entonces». Las Cooperativas que operaban con el *Wholesale* de los *Pioneers* llegaron a pensar que la Sociedad de éstos obtenía beneficios a costa de ellas. Y al mismo tiempo, buen número de los socios de los *Pioneers* censuraban que las demás Cooperativas tuvieran privilegios y ventajas considerables en una empresa realizada casi exclusivamente con el dinero, la organización y la experiencia de los *Pioneers* y mediante el trabajo personal de algunos de sus más significados socios. Con todo esto, la unión vino a ser una palabra vana y el apoyo mutuo cosa muy poco efectiva.

No ha de olvidarse que se trataba de un departamento de la Sociedad de Rochdale, dirigido exclusivamente por los elementos de ésta. Esta organización ha sido objeto de críticas severas (1); pero no deja de tener su explicación en las circunstancias de lugar y tiempo.

De una parte, había enorme diferencia de condiciones entre las Cooperativas comarcanas, de ciento, de cincuenta, y a veces de menos socios, y la de Rochdale, que en 1855, año primero del funcionamiento del *Wholesale*, tenía 1.400. Y aun esta diferencia, con ser tan grande, era lo de menos, enfrente del hecho de que los *Pioneers* eran quienes tenían los medios económicos, y, sobre todo, el crédito y la experiencia adquirida.

Por otra parte, y aunque sobre este punto no haya plena certeza, parece que el almacén cooperativo al por mayor de Rochdale se estableció fundamentalmente para surtir a los despachos de los *Pioneers* y para proveer a los socios que deseaban adquirir diferentes artículos, no al menudeo, sino en grandes cantidades y con la consiguiente mejora en el precio. La participación de las demás Cooperativas en las operaciones del nuevo organismo y en sus ventajas correspondientes no fué, según todas las trazas, más que una ampliación de la idea inicial (2).

Y todavía es más concluyente la observación de que, aun cuando los

(1) B. Lavergne (ob. cit., pág. 95) llega a decir: «Esta organización no era viable. Las Cooperativas clientes se habrían interesado, tal vez, por una federación de compras, dirigida por ellas mismas, pero no podían tener un interés vivo por un *magasin de gros*, que era propiedad de una Cooperativa distributiva particular.»

(2) En 1855 la Sociedad tenía ya dos despachos centrales y se pensaba en la apertura de sucursales diversas. La primera de ellas se inauguró en 1856.

Pioneers hubieran querido entrar en pie de igualdad con las demás Cooperativas de su condado y limitrofes, difícilmente habrían podido hacerlo, pues hasta la promulgación de la Ley de 1862 las Uniones de Sociedades no estuvieron legalmente reconocidas en Inglaterra.

De todo esto se deduce que la organización de la Wholesale de los Pioneers no merece tan acerbas censuras como por algunos autores fueron formuladas; pero es innegable que no fué tampoco un acierto. El mismo Abraham Greenwood, a quien nadie podrá disputar el puesto más preeminente entre los iniciadores de la cooperación de segundo grado, no desconoció la parte que en el desgraciado fin de los primeros intentos debe atribuirse a la indiferencia, la rivalidad y la falta de apoyo cordial; pero añade que, en su opinión, la Agencia Cooperativa Central, de los Socialistas cristianos, y el «Wholesale Department» de los «Equitable Pioneers», de Rochdale, tenían que fracasar inevitablemente, «como esfuerzos hechos demasiado pronto, en el orden de los desarrollos cooperativos».

XII

Fundación de la Cooperative Wholesale Society.

No obstante el fracaso del primer intento, la idea de que era necesaria una estrecha unión entre las cooperativas iba abriéndose camino y conquistando voluntades. «Rochdale, el Belén de la Cooperación democrática, servía como de faro central, del cual irradiaba en círculos, cada vez más amplios, un vivo deseo por la federación» (1). Y al mismo tiempo, en Rochdale, eje del universo cooperativo de entonces, como dice Percy Redfern, se notaba con más intensidad que en parte alguna la presión de todo ese mundo cooperativo hacia la realización de tal deseo. Algunos años antes (en 1851) había dicho cierto articulista en el *Operative* que no veía razón para que las Cooperativas de Londres, Mánchester Rochdale, Bury, Oldham, Crewe, Swindon y otras localidades no se pusieran de acuerdo para adquirir los géneros en un centro común, y para que, unidas, no pudieran tratar directamente hasta con la China. Esta idea, acogida con relativa indiferencia en un principio, fué luego la idea de muchos y acabó por ser la de todos.

A pesar de la mala fortuna habida por la proposición hecha a la Junta general del 7 de marzo de 1859, los defensores de la unión entre las cooperativas no cesaron en su empeño. Eran los más señalados, entre los de Rochdale, Cooper, Howarth, Smithies y Greenwood. Secundábanles ardorosamente Guillermo Marcroft y Eduardo Ingham, de Oldham; Juan Hilton, de Middleton, y J. C. Edwards y Jaime Dyson, de Mánchester.

Una tarde de agosto de 1860 se celebró en la granja cooperativa de Lowbands, en Jumbo, cerca de Middleton (2), una reunión memorable, calificada modestamente de *tea party*. El objeto anunciado era el de que unos cuantos cooperadores amigos pasaran la tarde juntos, tomando unas tazas de té y cambiando impresiones sobre el establecimiento de una hilatura de algodón en Oldham; pero la idea que flotaba en el ambiente pre-

(1) B. Potter. *Co-operative Movement in Great Britain*, pág. 87.

(2) No están de acuerdo las crónicas acerca de la fecha. Según William Nuttal fué «el tercer domingo de agosto»; según la *Oldham Chronicle* del sábado 18, la reunión se celebró el día 12.

La granja de Lowbands está como a 10 kilómetros al Sur de Rochdale, siete u ocho al Norte de Manchester y cinco o seis al Oeste de Oldham.

valeció sobre todas y se enseñoreó de los espíritus. Se habló de nuevo de «la necesidad de un depósito general», y Guillermo Marcroft declaró abiertamente que «los cooperadores debían no descansar hasta que sus propios barcos les llevaran las mercancías de las tierras más lejanas, directamente del productor al consumidor, ahorrando de este modo, para sí mismos, las ganancias de los intermediarios». No se tomaron entonces acuerdos definitivos, traducidos en palabras y consignados en acta; pero se llegó a la coincidencia de las ideas y al concierto de las voluntades. La hoy gigantesca Co-operative Wholesale Society, de Mánchester, la C. W. S., como por abreviatura suele ser designada, nació virtualmente en la merienda amistosa celebrada en la granja de Jumbo.

Parece ser que Guillermo Cooper sostuvo la propuesta de llegar inmediatamente a la unión, y que Guillermo Marcroft, no obstante su personal entusiasmo, arguyó que la federación de Cooperativas era imposible mientras la ley no permitiera, como no permitía entonces, que las sociedades invirtieran sus fondos en otras sociedades.

Convinieron todos en reunirse otra vez en Oldham, como lo hicieron, en fecha que no consta, y dando entonces comienzo a la organización con el nombramiento de Guillermo Cooper para el cargo de Secretario. En 7 de octubre del mismo año 1860 se celebró la tercera reunión en Rochdale, nombrándose un Comité ejecutivo compuesto de Abraham Greenwood y Guillermo Cooper, por la Cooperativa de los Pioneers; Carlos Howarth, por la de Heywood, adonde había trasladado su residencia el principal autor del sistema rochdaliano; Jaime Dyson y Eduardo Hooson, de Mánchester; Enrique Hewkin y Guillermo Marcroft, de Oldham, y Juan Hilton, de Middleton. A estos nombres se agregaron pronto los de Jaime Smithies, Samuel Stott y Tomás Cheetham, de Rochdale, y J. C. Edwards, de Mánchester, los cuales aparecen ya en las actas de las siguientes reuniones del Comité, habidas en Jumbo y en Middleton.

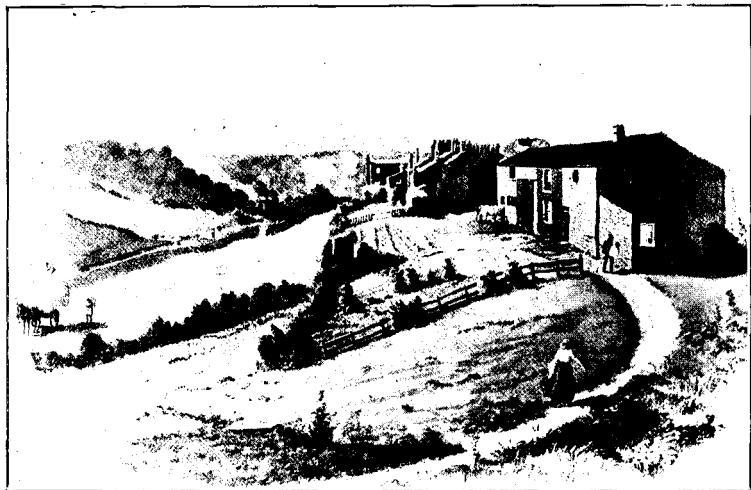
El día de Navidad se celebró en Mánchester una Conferencia a que asistieron de 50 a 60 Delegados. La reunión, cordialísima desde luego, resultó muy trabajosa; añade algún cronista que el local era muy incómodo y la estufa hacía mucho humo. Esto, unido a otras pequeñas molestias, y a las más considerables de un viaje de tres a cuatro horas con servicio ferroviario defectuoso, hizo que la asistencia a la sesión fuera «un modo heroico de emplear la Navidad» (1). Como el principal obstáculo estaba en las limitaciones legales, se nombró una Subcomisión compuesta de Guillermo Cooper, Abraham Greenwood y Samuel Stott, que se encargaría de la correspondencia y se pondría al habla con E. Vansittart Neale para lo referente a las reformas legislativas necesarias.

La Conferencia siguiente se celebró en Oldham el 29 de marzo de 1861. Los puntos a que, según los cooperadores, había de alcanzar la reforma de la Ley, pasaron de siete a veintisiete. Mr. Slaney, apoyado por Cob-

(1) Percy Redfern, obra citada, pág. 22.

den y Ewart, presentó el proyecto a la Cámara en junio siguiente, pero hubo que desistir por el momento, en vista de ciertas dificultades.

Para el día de Navidad de 1861 se convocó otra Conferencia, señalando como punto de reunión la Sucursal de los *Pioneers* en Oldham Road. Se acordó un subsidio que pagarían las Cooperativas, a razón de medio penique (una perra chica) por socio, para costear los gastos de dos Delegados que fueran a Londres para hacer las gestiones precisas, y se apro-



La granja de Lowbands, en Jumbo, donde se celebraron las reuniones previas para la fundación de la Cooperative Wholesale Society.

bó la siguiente declaración: «La Asamblea considera conveniente acometer el establecimiento de un depósito al por mayor, tan pronto como sea posible, una vez aprobada la nueva Ley.»

Llegó con esto el año crítico de 1862, ensombrecido para el Lancashire por los efectos de la penuria de algodón. Se presentó nuevamente el proyecto reformando la Ley, y, por enfermedad de Mr. Slaney, se encargó de ello Mr. J. Southeron Escourt, quien, con tal ocasión, habló de las 150 Sociedades existentes, cuyas operaciones en el curso del año anterior habían alcanzado «la extraordinaria y casi increíble suma de 1.512.117 libras esterlinas», algo menos de 38 millones de pesetas, a la par. Esta vez el proyecto pasó sin dificultad en una y otra Cámara, y, con ligeras modificaciones, alcanzó la sanción regia.

Nuevamente hubieron de consagrar los cooperadores el día de Navidad a los trabajos en pro de su anhelada federación; pero la reunión de 1862, en Oldham, fué para ellos mucho más grata que las dos anteriores.

Presidió Abraham Greenwood, que ya hacia tiempo se había mostrado insustituible Presidente de las Asambleas, y se hizo constar que el Comité de correspondencia había tenido que remitir 1.600 comunicaciones postales durante aquellos dos años de esfuerzo, y que el peso del trabajo había recaído principalmente sobre Guillermo Cooper.

La sesión de la mañana se invirtió en dar cuenta de las gestiones hechas y de los resultados obtenidos, y en rendir el debido tributo de gratitud a las personas cuyo concurso había facilitado el éxito favorable. Al recoger y agradecer, a su vez, uno de esos tributos, profetizó Eduardo Vansittart Neale que de la nueva obra surgiría una cantidad incalculable de bienes de toda especie, y recomendó mucho que se tuviera paciencia y perseverancia.

La mayor parte de la tarde se empleó en escuchar la lectura del informe que el Presidente, Abraham Greenwood, había preparado minuciosa y concienzudamente, esperando llegara el día, tan deseado, en que pudiera exponer su plan. El informe recordaba que en los tiempos de la Agencia Central de Londres había en Inglaterra diez despachos cooperativos, y que en el del fracasado Departamento al por mayor de Rochdale eran diez y siete, mientras que en 1862 eran 120 los que había en actividad, contando únicamente los del Lancashire, Yorkshire y Cheshire. Había también en el informe un estudio de los fracasos anteriores para deducir las consiguientes enseñanzas (1). Y tras un breve estudio estadístico del consumo hecho por los cooperadores de los artículos más comunes, seguía el plan de organización, no de la Cooperative Wholesale Society, tal como ahora se la comprende, sino de una Agencia modesta, que reuniera la potencia de compra de las Sociedades, empleando un capital pequeño y con el mínimo posible de espacio destinado a almacén.

(1) El informe contiene un párrafo cuyas son las siguientes frases: «Los fracasos encierran enseñanzas que, rectamente seguidas, conducen al buen éxito. El mundo no suele calcular cuánta es la parte que a los fracasos se debe en los éxitos finales. Los fracasos son para los espíritus fuertes los escalones del éxito. Esta lección se enseña a nuestros hijos en la escuela cooperativa, donde podemos oír que «Una y otra vez, aunque hayamos de fracasar, ¡prueba de nuevo! Si hemos de prevalecer al fin, ¡prueba de nuevo!» (Sigue la canción, que termina repitiendo el estribillo: ¡prueba de nuevo!) Un eminente filósofo ha dicho, muy oportunamente, que está muy lejos de ser verdad que, e el progreso del saber, tras de cada fracaso haya de volverse a comenzar por el principio. Cada fracaso es un paso hacia el éxito; cada descubrimiento de que algo es falso encamina hacia la verdad; cada ensayo elimina alguna forma engañosa de error..... ¡Cuán a menudo vimos, a los que jamás intentaron cosa alguna en bien de sus semejantes, burlarse de quienes, con el fracaso de sus esfuerzos, ayudaron a la elevación de la Humanidad! Si el fracaso no se impone a nuestra admiración, tiene muy a menudo sobrados títulos para merecer nuestros respetos.»

El texto íntegro del informe de Abraham Greenwood puede verse como apéndice a la obra ya citada de Percy Redfern *The Story of the C. W. S.*, páginas 407 a 413.

El plan comprendía seis puntos principales, que pueden resumirse como sigue:

1. Establecimiento, en Mánchester o en Liverpool, de una Agencia que operase exclusivamente al contado.

2. La nueva organización no realizaría beneficios, limitándose a cargar una pequeña comisión en las operaciones que hiciese con cada Sociedad, para cubrir los gastos.

3. Se operaría exclusivamente con los establecimientos cooperativos.

4. Las Cooperativas afiliadas estarían obligadas a adquirir de la nueva organización los artículos que ésta suministrara.

5. Las Cooperativas contribuirían a la formación del capital social proporcionalmente al número de sus socios.

6. Cada Sociedad pagaría sus correspondientes gastos de transporte.

Guillermo Marcroft sostuvo que la Agencia no lograría buen éxito si se abstenia de realizar beneficios y repartir dividendos, y que era impolítico obligar a las cooperativas a operar con el depósito central.

El plan fué aprobado en principio; y, aplazando todo acuerdo sobre puntos de detalle, se encargó al Comité de estudiar las reglas de la nueva organización y las modificaciones que todavía necesitaba la Ley. Por ejemplo, la reforma de 1862, aun cuando suponía la mejora fundamental de reconocer la personalidad política de las Sociedades y les permitía asociarse a su vez e invertir fondos en otras Sociedades, fijó para estas inversiones el máximo de 200 libras esterlinas, es decir, la misma participación máxima que cada individuo podía tener en su Sociedad, según la Ley de 1852. De este modo, la nueva Ley permitía vivir a las Asociaciones de segundo grado o Uniones de Sociedades, pero les impedía alcanzar grandes proporciones.

El 3 de abril de 1863 se celebró en Ancoats, Mánchester, una «conferencia especial», según se la califica en el primer prospecto de la C. W. S. repartido poco después. Se reunieron, bajo la presidencia de Tomás Cheetham, a la sazón presidente de los *Pioneers* de Rochdale, unos doscientos delegados, en su mayor parte de las Cooperativas del Lancashire, Yorkshire y Cheshire, aunque los había también de puntos más lejanos, incluso de Londres y Dublin. Se acordó, ya definitivamente, establecer la nueva organización con el título de «North of England Co-operative Wholesale Agency and Depot Society Limited», la cual habría de ser simplemente una Federación de Cooperativas, registrada al amparo de la Ley de Asociaciones (Industrial and Provident Societies Act).

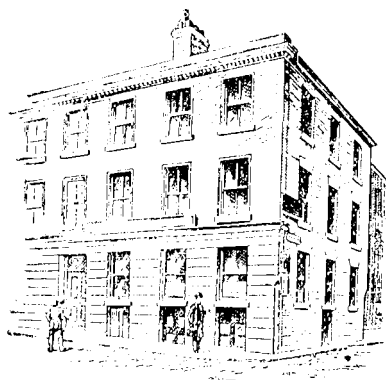
Se pensó en que solamente las Sociedades cooperativas pudieran tener acciones de la Wholesale; pero, poco después, el Comité, reunido en Heywood, convino en aceptar las indicaciones de E. V. Neale respecto a la admisión de socios individuales y Sociedades. En efecto, buscando la manera de obviar algunas limitaciones de la Ley, hubo doce «original

members», o miembros fundadores, que fueron: Carlos Howarth, Jaime Smithies, J. C. Edwards, Juan Hilton, Guillermo Marcroft, Jaime Dyson, Enrique Hewkin, Tomás Cheetham, Guillermo Cooper, Abraham Greenwood, Samuel Stott y Eduardo Hooson (1). Como estos promotores de la nueva Sociedad figuraban solamente con una acción de cinco chelines cada uno, no se podrá decir de ellos — observa Percy Redfern — que explotaban el movimiento cooperativo.

En 8 de junio y 25 de julio del mismo año se reunieron los socios en Asamblea general para la aprobación de los Estatutos, inspirados en el plan de Greenwood. El precepto según el cual era obligatorio para las Cooperativas adheridas el adquirir de la Wholesale los artículos expendidos por ésta, pareció demasiado absoluto y fué sustituido por una recomendación, que desde entonces ha venido reproduciéndose, con ligeras variantes de forma, en casi todos los Estatutos de «Wholesale», «Magasins de Gros», Uniones Cooperativas y demás instituciones similares.

Por fin, el 11 de agosto de 1863, Mr. Tidd Pratt, el mismo Jefe del Registro con quien veinte años antes hubieron de tener tan porfiada lucha los *Pioneers* de Rochdale, expidió el certificado de inscripción de la Cooperative Wholesale Society, conservando así la vida legal de la nueva entidad, que celebró su primera sesión en Mánchester el 10 de octubre siguiente. La primera Junta general se celebró el 21 de noviembre. Abraham Greenwood fué el primer Presidente; Jaime Smithies, el Tesorero; J. C. Edwards, el Secretario; David Baxter y Juan Hankinson, los Revisores de cuentas, y Carlos Howarth, Tomás Cheetham, Juan Hilton y J. Nield, Vocales. El último fué designado en la segunda reunión para sustituir a Guillermo Marcroft.

Mientras se hicieron los trabajos de organización, las Sociedades adheridas pasaron de su número inicial de 50 al de 88, que representaban una cifra total de ventas anuales de dos millones y medio de libras esterlinas. El día 14 de marzo de 1864 se comenzaron las operaciones en



La casa de la C. W. S. en 1864, 28, Cannon Street, Mánchester.

(1) A pesar de que la Wholesale iba a comprender en sus comienzos cerca de un centenar de Cooperativas, la mitad de los miembros fundadores procedían de los *Pioneers* de Rochdale.

el local tomado al efecto en el número 3 de Cooper Street, y limitándose a los siguientes artículos: azúcar, frutas, especias, arroz, tapioca, jabón, velas, té y café. Ya sabemos que algunas Cooperativas habían comenzado años atrás la producción de harinas.

El 21 de mayo se celebró la primera Junta semestral. En noviembre se trasladó la Sociedad al número 28 de Cannon Street, y se acordó un dividendo de penique y medio por cada libra esterlina de compras.

Es de advertir que la Wholesale comenzó siendo simplemente comisionista; pero los cooperadores vieron pronto los peligros que este sistema suponía en épocas de oscilaciones en los precios, y rectificaron inmediatamente, guiados por su fino sentido práctico. Por indicación de Carlos Howarth, se operaba, no sólo como agencia, sino como depósito, aunque modesto, en bien de las Cooperativas pequeñas.

En el primer estado de cuentas cerrado en 14 de abril de 1864 se consigna que el capital aportado por las Cooperativas adheridas era de 999 libras esterlinas, de las cuales correspondían 200 libras con 13 chelines a la de Rochdale, siguiéndole la de Middleton con 125 libras y las dos Cooperativas de Mánchester («Equitable» e «Industrial») con 66 y 45, respectivamente. Las «Preliminary Expenses», o gastos de organización, figuran en cuenta por 16 libras esterlinas, 9 chelines, 6 peniques (1).

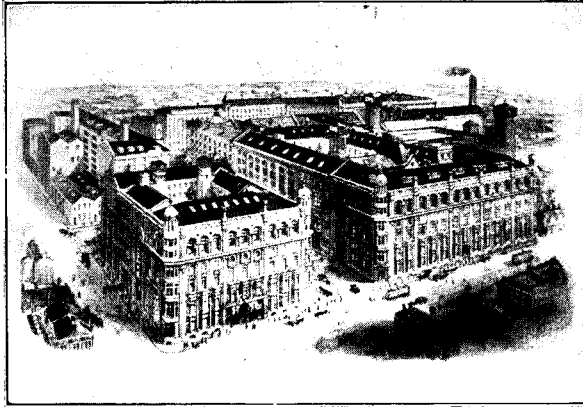
En 1865, la C. W. S., abreviatura con la cual es costumbre designar a la Cooperative Wholesale Society, ocupó su edificio en el 53 de Dantzic Street. En 1866, se abrió el depósito de Tipperary, y se encargó del servicio de compras de la Wholesale Samuel Asworth, el antiguo Gerente de la Cooperativa de Rochdale.

La nueva Ley de 1867 suprimió el límite del capital que las Sociedades podían aportar a las entidades de que, a su vez, formaran parte. Con esto, no tuvieron ya razón de ser los miembros individuales de la C. W. S., y el desarrollo de ésta quedó grandemente facilitado. En el mismo año 1867 se hizo la reforma de los Estatutos, se celebró la Conferencia de Glasgow para la organización de la Wholesale escocesa y se fundó la Cooperative Insurance Company.

Asegurado ya el triunfo, el crecimiento de la C. W. S. fué rapidísimo, y bien podría decirse que no interrumpido, pues si bien hay tres o cuatro años que acusan alguna disminución respecto al anterior, la di-

(1) Como se ve, sin la pobreza de medios de los primitivos *Pioneers*, los fundadores de la Wholesale eran en los gastos de una austeridad verdaderamente rochdaliana. Los viajes a Londres y las gestiones hechas para impulsar la aprobación de la nueva Ley de 1862, costaron en junto la fabulosa cantidad de 44 libras, 19 chelines, 7 peniques. Los honorarios de E. V. Neale, como asesor jurídico y representante en ocasiones de las Cooperativas gestoras, subieron a siete guineas (7 libras, 7 chelines). Y en 1867, cuando se quiso recompensar el trabajo titánico que había pesado sobre Guillermo Cooper durante cuatro años, se le dieron 8 libras esterlinas.

ferencia fué compensada, con creces, en el año siguiente. Como nuestro asunto no es hoy el estudio de la Cooperative Wholesale Society, sino el poner de relieve la parte principal que en su creación, organización y conducción inicial tuvieron los *Pioneers* de Rochdale, pondremos fin a este capítulo refiriéndonos a las cifras del adjunto cuadro, indicadoras de la marcha seguida por la Sociedad, y consignando que sus dependencias centrales ocupan hoy cuatro manzanas en barrio céntrico de la populosa



LA C. W. S. EN LA ACTUALIDAD.

Cuatro manzanas ocupadas por las dependencias centrales.

ciudad de Mánchester, y que la C. W. S. posee en la actualidad un centenar de fábricas, entre ellas la mayor de las harineras de Inglaterra, fincas agrícolas que suman más de 10.000 hectáreas de extensión, plantaciones de té en Ceilán, la India y otros puntos de Asia, grandes bosques de palmeras en África, una flota de vapores con los que hace una buena parte de su tráfico marítimo, y varios establecimientos en Dinamarca, Suecia, Alemania, Francia, Estados Unidos, Canadá, Australia, e incluso en España.

Sin negar la parte que legítimamente corresponde a los admirables colaboradores de los primeros días y a los numerosísimos y no menos meritorios continuadores de la obra, tan gigantesco resultado se debe principalmente a la iniciativa e impulso de los *Pioneers* de Rochdale y a la sabia orientación dada por Abraham Greenwood.

Desarrollo de la «C. W. S.».

AÑOS	Número total de socios de las Coope- rativas aña- liadas.	Capital. — £	Ventas en el año. — £	Beneficios. — £
1865.....	24.005	7.182	120.754	1.858
1870.....	79.245	16.556	507.217	4.248
1875.....	198.608	60.930	1.964.829	20.684
1880.....	361.523	146.061	3.339.681	42.090
1885.....	507.772	234.112	4.793.151	77.630
1890.....	721.316	434.017	7.429.073	126.979
1895.....	930.985	635.541	10.141.917	192.766
1900.....	1.249.091	883.791	16.043.889	289.141
1905.....	1.635.527	1.307.341	20.785.469	304.568
1910.....	1.991.576	1.740.619	26.567.833	462.469
1915.....	2.535.972	2.284.758	43.101.747	1.086 962
1920.....	3.341.411	4.270.408	105.439.628	»

En 1920, y por consecuencia de la crisis de la post-guerra, no hubo beneficios, sino una pequeña pérdida.

XIII

En pleno éxito. — El ejemplo de Rochdale imitado en todo el Reino Unido y en el Continente.

La manera admirable que los Pioneers tuvieron de salvar la terrible crisis provocada por la penuria de algodón (1861-1864), saliendo de ella fortalecidos cuando casi todo el mundo esperaba su ruina, dió a la cooperación un mayor prestigio, que se tradujo en aumento de la confianza pública y en facilidad creciente para nuevas empresas. Además, ya hemos visto que, precisamente al acabar aquellos cuatro años angustiosos, lograron los Pioneers ver realizada su ilusión de unir a las Cooperativas inglesas en una agrupación sólida y poderosa: la Cooperativa Wholesale Society, de Mánchester. Se estaba ya en pleno y definitivo éxito. Los «famosos veintiocho» podían estar satisfechos de su obra. El retrato que trece de los diez y seis supervivientes se hicieron juntos en 1865 nos muestra a los miseros y desesperados obreros de ventiún años atrás, llegados todos a mejor fortuna, y con aire de serena satisfacción, como cuadra a quien tiene conciencia de haber hecho algo importante y beneficioso para los trabajadores del mundo todo, y, al mismo tiempo, no se jacta de ello.

Un deseo podían alimentar aún: el de ver a su bien amada Sociedad instalada en un hermoso edificio propio. Pronto lo vieron realizado, pues en la época del retrato, la obra estaba ya planeada, y, al año siguiente, adelantados los trabajos, podía decirse de ella que «mostraba en esperanza el fruto cierto».

El nuevo edificio se inauguró en septiembre de 1867. Situado en la esquina de Toad Lane y la Puerta de Santa María, tiene por ambos lados



Edificio propio donde los Pioneers tienen sus oficinas centrales desde 1867.

un amplio desarrollo, y, aunque ya no tanto como en aquel tiempo, se destaca dominando sobre todos los demás edificios. Es de piedra labrada y 21 metros de altura. Las cuevas se destinaron a la guarda de las mercancías de mayor peso, adquiridas en gran cantidad. En la planta baja se instalaron las diferentes salas de venta y algunas oficinas. En los pisos encontraron acomodo los salones para la reunión del Consejo y de las diferentes Comisiones, salas de espera, biblioteca y gran salón de periódicos.

Toda la extensión del piso alto quedó ocupada por un salón inmenso para Juntas generales, fiestas y actos de gran concurrencia en general. Dispuesto para colocar hasta 1.400 asientos, se han dado casos de contener 2.000 y más personas.

El edificio, incluidas algunas instalaciones interiores, costó 17.000 libras esterlinas (425.000 pesetas). Hoy valdría muchísimo más (1).

Mientras tanto, para intensificar y perfeccionar los servicios, la Sociedad fué aumentando el número de despachos y sucursales. De 10 que eran en 1866, pasaron a 16 en 1875. A continuación se incluye la lista de todas ellas, con su número de orden y la fecha en que fueron inauguradas:

1	Oldham Road	1856
2	School Lane.....	1857
3	Whitworth Road.....	1857
4	Pinfold.....	1857
5	Spotland Bridge.....	1859
6	Bamford Branch.....	1859
7	Wardleworth Brow.....	1860
8	Bluepits.....	1860
9	Buersil.....	1864
10	Shawclough.....	1866
11	Sudden.....	1869
12	Newbold.....	1872
13	Milkstone.....	1872
14	Slattocks.....	1873
14	Gravel Hole.....	1874
16	Norden.....	1875

Diez de estas sucursales se hallaban instaladas en edificios construídos *exprofeso* con fondos de la Sociedad; dos, en casas adquiridas por compra, y las cuatro restantes en locales alquilados.

(1) A decir verdad, no se comprende cómo la Sociedad de los Pioneers no se apresuró a comprar la casa de Toad Lane en que estuvo la tienda primitiva, para hacer de ella algo así como el santuario de la Cooperación. La casa existe aún, aunque bastante transformada, como puede verse en la fotografía reciente que reproducimos en la página siguiente. Está hoy dedicada a un comercio de propiedad particular y a fines que nada tienen de cooperativos. El Congreso de 1914 votó un crédito de 2.000 libras esterlinas para la compra del inmueble, pero la guerra hizo que la operación quedase aplazada.

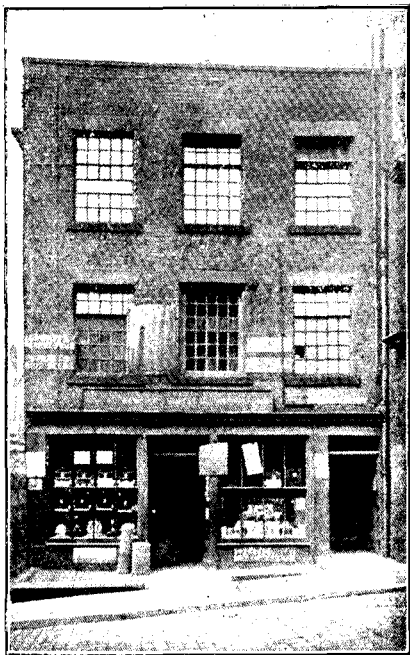
Entre las dependencias centrales y las sucursales habia, en 1892, hasta 19 salas de lectura, y las bibliotecas sumaban 35.493 volúmenes.

Cerca del río, y en la zona central de la ciudad, quedaron instalados los departamentos de producción en edificios nuevos o reconstruidos. Son de citar los hornos de pan, pastas y galletas, los tostaderos de café, la salchichería, el matadero, la manufactura de tabacos, etc.

Como el objeto propio de este opúsculo no es el de seguir hasta el día la obra de los Pioneers, sino el mostrar cómo la idea de los pobres y probos tejedores de franela de 1814 llegó a ser el faro que guió al movimiento cooperativo del mundo, nos abstendremos de exponer con detalle los progresos que siguieron a la consolidación de la obra.

«A partir de 1864 — dice J. Prudhommeaux en su conocida conferencia (1)—, la Sociedad de los Pioneers de Rochdale no tiene ya historia. Su antigüedad, el número de socios, el importe de su capital y de las reservas, la ponen al abrigo de los golpes inesperados y de las catástrofes. Los *leaders* del período heroico han desaparecido uno tras otro, pero su obra les sobrevive. La Cooperación inglesa ha encontrado... jefes experimentados. Tiene sus cuadros, sus tradiciones, sus reglas contrastadas por la experiencia, marcha hacia el fin propuesto con la serena conciencia de su fuerza. Los descendientes de los precursores de Rochdale no han tenido más que proseguir el movimiento, volviendo a su puesto en el grueso del ejército, después de haber conducido la vanguardia.»

Sin necesidad de más detalles, el cuadro siguiente permitirá formar idea de la marcha general de la Sociedad y de sus recientes desarrollos:



La tienda de Toad Lane en 1920.

(1) *L'Œuvre des Équitables Pionniers de Rochdale*, pág. 21. La afirmación, de manifiesta inexactitud, si se toma al pie de la letra, encierra un gran fondo de verdad.

Marcha progresiva de la Sociedad de los Pioneers.

AÑOS	Número de socios.	Capital social — <i>Pesetas.</i>	Importe global de las operaciones. — <i>Pesetas.</i>	Beneficios (intereses incluidos). — <i>Pesetas.</i>
1844.....	28	700	»	»
1845.....	74	4.525	17.750	550
1850.....	600	57.225	329.475	22.000
1855.....	1.400	275.800	1.122.550	77.725
1860.....	3.450	942.750	3.801.575	397.650
1865.....	5.326	1.969.450	4.905.850	628.900
1870.....	5.560	2.007.275	5.575.525	630.225
1875.....	8.415	5.642.050	9.641.425	1.205.300
1880.....	10.613	7.314.250	7.091.375	1.213.625
1885.....	11.084	8.113.625	6.301.800	1.131.350
1890.....	11.352	9.058.950	6.764.575	1.194.100
1900.....	12.764	8.017.375	7.302.500	1.162.825
1910.....	18.282	9.031.325	9.570.000	1.682.500
1920.....	25.118	11.748.588	26.986.475	2.750.000

Si la obra de los Pioneers parece grande, atendiendo al desarrollo alcanzado por su propia Cooperativa, lo es mucho más aun por razón de la influencia que tuvo en el progreso cooperativo de Inglaterra, en primer término, y en el del mundo todo, poco más tarde.

Al hacer historia del Wholesale de los Pioneers (cap. XI) y de la fundación de la Cooperative Wholesale Society (cap. XII), se han consignado algunos datos que permiten formar idea aproximada de cómo fué extendiéndose la cooperación por todo el Reino Unido, siguiendo el ejemplo de Rochdale, adoptando su admirable sistema y aprovechando la experiencia adquirida. Que esto fué así, puede comprobarse observando que las Cooperativas nuevas eran todas de orientación rochdaliana, y que, en los primeros años, la gran mayoría de ellas se fundaban en localidades próximas a Rochdale.

Es imposible detallar en un par de páginas cómo fué propagándose el sistema; pero no resistiremos a la tentación de referir abreviadamente, y por vía de ejemplo, las circunstancias, bien curiosas y significativas, en que se fundó la Cooperativa de Oldham, en 1850. Hubo unas elecciones políticas, y, con ocasión de ellas, llegaron a las manos muchos obreros de la población. El domingo siguiente, otro obrero, llamado Marcroft, oyó a varias personas comentar los incidentes electorales y decir que el Parlamento no concedería jamás una ampliación del derecho de voto mientras se pudiera dividir a los obreros en aquella forma y hacer-

les injuriarse y pegarse por un vaso de cerveza o una copa de aguar-diente. Se pensó en los medios de impedir semejantes escenas. Marcroft propuso el ejemplo de Rochdale, del que había oído hablar recientemente. Agradó la idea. Tras dos convocatorias infructuosas, pudo, al fin, celebrarse, doce días después del domingo referido, una reunión, con asistencia de 30 personas. Se nombró una Comisión que recogió 90 suscripciones de una libra esterlina cada una. Poco después se formó un Reglamento y se registró el acta de constitución. El día de Navidad de 1850, cuatro meses después de la reunión primera, se dió comienzo a las ventas en una tienda alquilada al efecto.

Una docena de años más tarde, la Cooperativa de Oldham tuvo parte señalada en la creación de la Cooperative Wholesale Society, y Marcroft mismo fué uno de los promotores e inspiradores.

Hacia 1847 se inició la propagación del sistema rochdaliano en los pueblos del Continente europeo. El avance fué luego rapidísimo. En algunos países, adonde la idea llegó con retraso, prendió y corrió luego como por un reguero de pólvora. Ejemplos de ello son Checoeslovaquia y la misma Rusia, aunque la evolución cooperativa de esta última se haya visto luego perturbada por vicisitudes que no son de este lugar. En Islandia está actualmente incluida en la cooperación de tipo rochdaliano puro más de la mitad de la población, superando a la misma Inglaterra, donde sólo se calcula del 42 al 44 por 100. En Basilea (Suiza) se da el caso, verdaderamente único en el mundo, tratándose de ciudades importantes, de que el 90 por 100 de la población esté incluida en una sola Cooperativa de consumo.

Actualmente hay organizaciones de este género en todos los países, desde Australia y el Japón hasta la Argentina y el Canadá. En materias de cooperación agrícola, de crédito, de producción, de construcción, se han ideado fórmulas independientes del sistema rochdaliano, implantadas con éxito favorable en millares de casos; pero en la cooperación distributiva, y dejando únicamente a un lado las organizaciones belgas y, en los demás países, algunas Cooperativas especiales, como las militares y algunas de funcionarios, cuanto más se apartaron del modelo de Rochdale, más derechas fueron al fracaso, salvo excepciones poco numerosas y puramente circunstanciales, que no invalidan la regla general.

XIV

El Departamento de Educación.

Nunca pensaron los *Pioneers* que su Cooperativa se redujera simplemente a una tienda donde comprar con ventaja los artículos de consumo. Su ambición iba mucho más lejos, y no es de extrañar, por tanto, que la trastienda de Toad Lane fuera sitio de reunión donde los cooperadores se reunían, después de la jornada de trabajo, para comunicarse las noticias de la semana, estudiar la situación de los trabajadores y discutir diversos planes de mejoramiento.

Con visión clara del porvenir, los *Pioneers* comprendieron desde un principio que la base más firme para el mejoramiento de la condición de los trabajadores estaba en la educación y en la instrucción. En otro lugar (1) queda expuesto el propósito de asignar estatutariamente para estos fines una parte de los beneficios y las dificultades con que se tropezó.

Hasta 1849 no se pudo hacer labor constante y organizada en estas materias. La Comisión constituida entonces para organizar la venta de libros y periódicos y aplicar los beneficios al establecimiento de una sala de lectura, puede considerarse como el núcleo de lo que ahora, con mucha más amplitud y desarrollo, trabaja activamente con el nombre de Departamento de Educación. Formaron la referida Comisión de 1849 Jaime Nuttall, Enrique Green, Jorge Adcroft, Jaime Hill, Roberto Taylor y Abraham Greenwood, este último ingresado hacia poco en la Sociedad en cuya historia había de ocupar luego un lugar tan preeminente.

Lo primero que hizo la Comisión fué organizar una pequeña biblioteca circulante y una sala de lectura. Para ello recogió donativos de libros y dinero. Algunos cooperadores donaron generosamente libros de valor considerable. Entre ellos hubo quien dijo: «Aunque doy mis libros, no me privo de ellos, pues podré siempre cogerlos en la biblioteca de la Cooperativa.» La Sociedad ayudó con cinco libras esterlinas al establecimiento del nuevo servicio.

En los comienzos, la biblioteca se abría sólo una vez por semana: los

(1) Pág. 22.

sábados, de siete a nueve, y a ella tenían libre acceso todos los socios. Por el uso de la sala de periódicos y revistas se pagaba una cuota voluntaria de dos peniques al mes (20 céntimos).

Como el número de libros parecía escaso, la Comisión hizo en el segundo trimestre un nuevo llamamiento a la generosidad de todos. La Junta general votó un nuevo subsidio de cinco libras esterlinas, lo cual se repitió tres meses después.

En materia de libros y de instrucción, cuanto más se tiene, más se desea. El brillante éxito inicial de la biblioteca hizo que las necesidades crecieran con rapidez no prevista. La Comisión concibió el audaz proyecto de pedir de una vez 40 libras esterlinas (1.000 pesetas) a la Junta general; pero como la repetición de las inversiones anteriores había sido criticada por algunos socios, era de temer que la nueva propuesta encontrara serias dificultades. Procediendo como hábiles diplomáticos, los individuos de la Comisión supieron poner al más enconado de sus contradictores en el caso de ser él quien propusiera a la Sociedad la concesión del nuevo crédito.

Desde entonces, la biblioteca tuvo a su favor el apoyo de todos los socios. En 1858 el número de volúmenes llegaba a 2.000, y se estableció que el uso de la sala de periódicos fuera gratuito para todos los socios. En 1860, los libros eran ya 3.000. En 1862 alcanzaban el número de 5.000; los periódicos diarios que se recibían eran 14 y los semanales o mensuales 32, representativos de todas las opiniones políticas y religiosas. Se nombró un empleado especial, encuadernador de oficio, encargado de la conservación de la biblioteca y de servir los libros. Las horas de servicio fueron siete diarias.

En 1864 se abrieron dos nuevas salas de lectura. En 1867 la biblioteca contenía 6.000 volúmenes, y las salas de lectura eran 10 situadas en distintos barrios de la población.

En 1869 había ya 7.000 volúmenes, y se hizo un nuevo catálogo, en el que aparecían las obras clasificadas por títulos, por materias y por autores. Los ejemplares del catálogo, tirados en número de 7.000, resultaron a un coste de 1 chelín 2 1/2 peniques (1,45 pesetas) y se daban a los socios a 8 peniques (80 céntimos). Pocos años después el catálogo comprendía 12.000 obras, y se daba a 30 céntimos.

En 1854 se comenzó la publicación de un almanaque, que servía a la vez de crónica para consignar la marcha social y tener al público al corriente de los hechos ocurridos, y de manifiesto anual para propagar la idea cooperativa y obtener el concurso de los que con ella simpatizaban. La mayor parte de la información que poseemos acerca de los *Pioneers* procede originariamente de los almanaques de la Sociedad.

En 1850 se organizó una escuela de niños, en la que se pagaba una cuota de 20 céntimos al mes. La reforma de los Estatutos hecha en 1853, dedicando al fondo de educación el 2 y medio por 100 de los beneficios netos, permitió remunerar a los profesores. En 1855 se instaló otra sala,

que podía contener de 20 a 30 personas, y estaba destinada principalmente a la enseñanza mutua de los mayores de catorce años.

Más tarde se organizaron series de conferencias sobre asuntos científicos que podían interesar a los cooperadores. Utilizábase para ello un local ajeno, hasta que, disponiendo de uno propio y especialmente adecuado, se intensificó ese aspecto de la obra a partir del invierno de 1870. El ejemplo cundió. Tres años más tarde eran tantas las Sociedades organizadoras de conferencias, que se dió el caso de haber seis reuniones en una misma noche. La masa obrera de Rochdale acabó por perder la afición a un ejercicio prodigado con tal exceso.

En vista de ello, el Comité de Educación de los Pioneers creyó que había llegado la hora de establecer enseñanzas sistematizadas. Para la organización de los cursos y recluta del profesorado, se puso de acuerdo con el Departamento de Artes y Ciencias de South Kensington (Londres). Pocos años después, el plan de enseñanzas comprendía Matemáticas, Perspectiva, Dibujo geométrico, de máquinas y de adorno, Mecánica, Acústica, Luz y calor, Magnetismo y electricidad, Química, Botánica, Fisiología, Lengua francesa.

La Sociedad llegó pronto a invertir en todo esto 1.000 libras por año (25.000 pesetas) entre fondos propios y una subvención del Gobierno, obtenida por el intermedio del Departamento de South Kensington.

La obra educativa de los Pioneers quedó confiada a una Comisión compuesta de once individuos, elegidos por la Junta general y renovados por mitad todos los años en las Asambleas de abril y octubre.

XV

Obras diversas, creadas o fomentadas por los Pioneers.

El admirable sistema distributivo por ellos creado; la producción de algunos artículos por cuenta de las mismas Cooperativas de consumo, tal como se inició en el molino harinero de la Corn Mill Society; los avances en la cooperación de producción, iniciados en la fábrica cooperativa de tejidos; los esfuerzos incesantes en pro de la unión de las Sociedades de consumidores y la fundación de la Wholesale, esfuerzos repetidos con tesón inquebrantable, hasta llegar al éxito más completo, según se ha visto; las diferentes obras de educación y enseñanza, todo esto, con ser mucho, no agotó la iniciativa de los Pioneers. Entre las diferentes instituciones complementarias a que atendieron, son de citar:

Sociedad de socorros para casos de enfermedad y entierro.—Se constituyó en 1860, con los fines indicados en la misma denominación. Pasa un socorro diario a los socios enfermos y sufraga los gastos de entierro.

En esta Sociedad pueden ingresar únicamente los socios de la Cooperativa de los Pioneers y sus familias; pero se puede seguir perteneciendo a la Sociedad de socorros, aun cuando se sea baja en la de consumo. Como es de suponer, las cuotas varían con la edad de los socios. La Sociedad hizo una activa campaña contra la bebida, con el fin de hacer disminuir las enfermedades y los entierros.

Sociedad de construcción.— Tan estrechamente ligados están el problema de la distribución de los artículos de consumo y el de la vivienda, que, seguramente, los Pioneers habrían abordado este último más pronto o más tarde, como una derivación natural de su obra, aun cuando no hubiera ocurrido el incidente que provocó y anticipó la fundación de la Sociedad constructora.

Un comerciante rico era propietario de buen número de casitas para obreros, y tenía alquiladas muchas de ellas a socios de la Cooperativa de los Pioneers. Y ocurrió que, en un momento de mal humor, dijo que si los inquilinos percibían dividendos de relativa importancia (excesos de percepción) por razón de sus compras, debía él participar de esos beneficios. Guiado por esta idea, subió los alquileres de las casitas ocupadas por los cooperadores, aumentando tres peniques a la semana.

Indignados por este proceder, y para defenderse contra posibles repe-

tiones del caso, los cooperadores constituyeron inmediatamente una Sociedad, cuyos fines eran la adquisición de terrenos y la construcción de casas para los socios.

Los Estatutos atribuían a la Junta directiva la facultad de construir, comprar y vender casas, talleres, molinos y fábricas. Podía igualmente comprar o tomar en arriendo el terreno sobre el cual se levantarán las referidas construcciones.

El capital social se fijó en 25.000 libras esterlinas (625.000 pesetas), en otras tantas acciones de a libra, que fueron rápidamente suscritas en su totalidad.

En 1867 se construyeron 37 casas, más confortables y mejor acondicionadas que las de tipo corriente en la localidad. Se continuó la obra en años sucesivos con el propósito de construir una pequeña ciudad cooperativa. Sin llegar tan lejos, lo indudable es que muchos cooperadores salieron directamente beneficiados con las casas construidas por la Sociedad, y que el nivel medio de la vivienda obrera en Rochdale resultó elevado por la natural repercusión de las nuevas edificaciones y por el mejoramiento en las condiciones generales de vida económica de las clases trabajadoras.

XVI

Las reglas de los «Pioneers».

Consta que las *Rules* (Reglas o Estatutos) primitivas se imprimieron en 1844; pero no nos ha sido posible, hasta ahora, dar con un ejemplar. Por las trazas, lo mismo ocurrió a los diferentes autores que se han ocupado en la historia de los *Pioneers*. El mismo Holyoake, indiscutiblemente el de información más directa, nombra alguna vez los Estatutos de 1844; pero la información que da acerca de las reglas sociales (1), parece referirse más bien al texto incluido en el Almanaque de 1854, y ya por entonces habían sido modificados los Estatutos al amparo de la Ley reformada de 1852.

Como apéndice a la obra de Francesco Vigano, *L'Ouvrier Coopérateur*, se inserta el texto íntegro de los Estatutos de los *Pioneers*, tal como quedaron aprobados en las Asambleas generales de los días 20 y 28 de octubre, 3 de noviembre de 1862 y 16 de febrero de 1863. Se trata visiblemente de una reforma hecha para acomodarse a la «Industrial and Provident Societies Act» de 1862, cuya aprobación fué un gran triunfo de los cooperadores ingleses. Los Estatutos de 1863 constan de 46 artículos.

Al final de la traducción de la 6.^a edición de la obra de Holyoake, hecha por O. Cambier y publicada en París en 1888, va también como apéndice una traducción de los Estatutos de los *Pioneers*. Trátase de un texto mucho más moderno, pues en uno de sus artículos, el 36, se cita la Ley inglesa de 1876. El número de artículos de los Estatutos había aumentado hasta 67. La mayor parte de los artículos nuevos corresponden a los números 49 a 64 (suprimidos en la traducción de Cambier), y se refieren a la compra y venta de terrenos y construcciones, hipotecas, amortizaciones, etc.

Con estas fuentes de información se ha hecho el siguiente extracto de las reglas de los *Pioneers*, que corresponde, no a los Estatutos primi-

(1) Principalmente en los capítulos IX (*Rules and aims of the Society*) y XXI (*Co-operative administration*) de *The History of the Rochdale Pioneers*, tantas veces citada. En dichos capítulos, y en algún otro pasaje de la obra, se hace referencia a reformas y acuerdos de la Sociedad más recientes.

tivos, sino más bien a la situación de las cosas al cabo de algún tiempo de experiencia, y, por lo tanto, con tal cual modificación, subsistiendo siempre lo fundamental, pues en esto anduvieron acertados los *Pioneers* desde el primer día, y no les fué preciso rectificar.

La Sociedad estaba administrada por un Consejo compuesto de Presidente, Secretario y Tesorero, elegidos todos los semestres, con tres Administradores y cinco Directores. Había, además, los revisores de cuentas. Todos ellos se reunían los martes, a las ocho de la noche, en la tienda de *Toad Lane*, para deliberar y resolver sobre las operaciones sociales.

El régimen era puramente democrático. Cada socio tenía un solo voto, cualquiera que fuese su participación en el haber social. Las mujeres, solteras, casadas o viudas, tenían los mismos derechos que los hombres. El marido no podía retirar cantidades de la cuenta de su mujer sin el consentimiento expreso de ésta.

La Junta general de socios se reunía el primer lunes de los meses de enero, abril, julio y octubre. A estas Asambleas había de presentar el Consejo la Memoria trimestral correspondiente, especificando el estado de fondos y el valor de las existencias que poseía la Sociedad.

En caso alguno, y bajo ningún pretexto, podían los gestores vender o comprar ningún artículo como no fuera al contado y contra efectivo metálico. Las infracciones estaban penadas con una multa de 10 chelines, y al culpable se le consideraba como indigno del cargo.

Los Estatutos de 1844 preveían bastantes casos penados con multa. La falta de asistencia de un administrador o de un director a las sesiones del Consejo se castigaba con multa de cinco peniques (60 céntimos). Tomando esta cantidad como evaluación del perjuicio que se suponía causado por la falta de asistencia, ha deducido algún comentarista que la Sociedad no creía tener un perjuicio de más de tres pesetas con la ausencia de los cinco directores a la vez. La deducción es un tanto forzada y, de todos modos, no tiene duda que los hechos demostraron que los servicios de tales administradores valían mucho más.

La admisión de socios estaba minuciosamente reglamentada. Cada aspirante había de ser presentado por dos socios y declarar su nombre, profesión y residencia. La víspera de la Asamblea general, que había de resolver sobre la admisión, el candidato había de presentarse ante el Consejo para declarar su voluntad de adquirir cinco acciones de a libra esterlina, aceptar las reglas de la Sociedad, hacer un depósito, que no podía ser inferior a un chelín, y comprar un ejemplar de los Estatutos.

Después de esto, la Junta general, por mayoría de votos, admitía o rechazaba al candidato. A los no admitidos se les devolvía su cuota de entrada.

Los candidatos propuestos que no hicieran su presentación al Consejo en el término de dos meses, perdían su cuota de entrada, y no podían ser ulteriormente admitidos sin nueva presentación.

Todo socio había de pagar, cuando menos, tres peniques por semana, o tres chelines y tres peniques por trimestre, hasta reunir cinco acciones del capital social.

La falta de estos pagos, no siendo por enfermedad, apuro económico o falta de trabajo, se penaba con multa de tres peniques.

Los intereses y beneficios (excesos de percepción) que pudieran corresponder a los socios nuevamente ingresados, se retenían en Caja hasta completar el importe de las cinco acciones de a libra esterlina (125 pesetas) que cada socio había de tener.

De estas cinco acciones, dos constituían un capital fijo y permanente. El importe de las tres restantes podía ser retirado con autorización del Consejo. En 1849, año que fué de verdadera miseria en Rochdale, se autorizó en muchos casos que se retiraran todas las acciones menos una. En una de las ulteriores reformas de los Estatutos (1876?) se incluyó un nuevo artículo, según el cual, cuando un socio estuviera en situación desgraciada, podría retirar su parte en el haber social, dejando sólo cinco chelines y conformándose con la resolución que el Consejo adoptase en cada caso. El socio que disfrutaba de este favor podía ser invitado a reembolsar las cantidades retiradas hasta completar de nuevo la participación de cinco libras esterlinas en acciones de la sociedad.

Para los reembolsos de las cantidades disponibles por encima de las cinco libras esterlinas había una escala progresiva de plazos, con arreglo a la cuantía: hasta 1 libra 5 chelines (31,25 pesetas), a la vista; de 1 libra 5 chelines a 2 libras, a las dos semanas de la petición, y así iban aumentando los plazos hasta ser de siete semanas para cantidades de 40 a 50 libras y de doce semanas para las de 90 libras a 100.

Ningún socio podía tener más de 100 acciones (1). El número de obligaciones era ilimitado.

La distribución de beneficios se hacía trimestralmente. Se comenzaba por deducir de los beneficios brutos las siguientes cantidades:

- 1.º Gastos de administración.
- 2.º Intereses de los capitales tomados a préstamo.
- 3.º Depreciación de las mercancías en almacén.
- 4.º Dividendos correspondientes al capital suscrito por los socios.
- 5.º Aumento del capital para la ampliación de las operaciones.

El 2 1/2 por 100 del remanente se destinaba al fondo de educación, el cual se engrosaba, además, con el importe de las multas impuestas por infracción de las reglas sociales (2).

(1) Número que fué luego aumentado en armonía con una nueva Ley.

(2) Como ya se ha dicho en otro lugar (pág. 22), este precepto de aplicar una parte de los beneficios a obras de educación y enseñanza estuvo siempre en el ánimo de los *Pioneers*, pero no fué posible establecerlo legalmente hasta que lo permitió la reforma de la Ley.

El resto (97 1/2 por 100) se repartía a los socios proporcionalmente a las compras hechas por los mismos durante el trimestre (1).

Muy pronto se estableció un fondo de reserva especial (*Redemption Fund*), constituido por la acumulación de las cuotas de un chelín, que los socios pagaban al ingresar, y por una cantidad igual que se retenía por cada acción cuando un socio retiraba de la Sociedad sus dos últimas acciones. También iban al fondo de reserva los beneficios correspondientes a las operaciones hechas con personas extrañas (venta al público), pues tales cantidades no podían ser repartidas a los socios.

En los balances se tomaba muy en cuenta la posible depreciación de las mercancías. Las existencias en almacén figuraban siempre por bajo de su valor real, de suerte que si la Sociedad hubiera de liquidar, recibirían los suscriptores, cuando menos, 25 chelines (31,25 pesetas) por cada acción de una libra esterlina (25 pesetas).

Las cuestiones suscitadas se resolvían:

- 1.º Por el Consejo de Dirección.
- 2.º Por apelación a la Asamblea general.
- 3.º Por arbitraje.

El Consejo podía suspender en sus derechos de socio a cualquier individuo cuya conducta perjudicara a la Sociedad. La Asamblea general podía expulsar a los perturbadores. Era muy difícil la readmisión de los expulsados.

Las quejas y observaciones relativas a la calidad y precio de los géneros o a la conducta de los agentes de la Sociedad habían de ser pre-

(1) Esta manera de repartir los beneficios a los socios o, más propiamente hablando, de reintegrar lo cobrado de más, es uno de los rasgos fundamentales del sistema rochdaliano. Al cabo de ochenta años de estarlo aplicando en todos los países con éxito creciente, parece hoy la cosa más natural del mundo; pero no hay duda de que al idear ese principio, quienquiera que haya sido el primero en formularlo, se dió un gran paso en bien de la cooperación, y al darle vida, lo cual es mucho más importante, y esto es notorio que fué obra de los *Pioneers*, se dió un paso mayor aun y se aseguró el buen éxito de la cooperación. Acerca de ello dice Beatriz Potter en su obra *Co-operative Movement in Great Britain*, pág. 67:

«El origen de este expediente, sencillo en apariencia, pero preñado de un sistema completo de democracia industrial, está envuelto en sombras. No hay duda de que fué el socialista Carlos Howarth quien lo sugirió a los *Pioneers* de Rochdale; pero si lo ideó él mismo, o lo había aprendido del owenista escocés Alejandro Campbell, ya no aparece tan claro. Algunas cooperativas aisladas de Escocia y una «Union Shop» de Meltham en el Yorkshire, pagaban los beneficios a los socios con arreglo a sus compras, y esto en los años en que dió comienzo el primer movimiento cooperativo, aunque, lo cual es bien extraño, este hecho no fué descubierto hasta que la ficha de hojalata («tin ticket») llegó a ser famosa por el éxito comercial de la tienda cooperativa de Rochdale »

sentadas por escrito a los Directores, los cuales acordaban la resolución correspondiente.

Si la cuestión no quedaba resuelta de un modo satisfactorio, se llevaba a la Junta general, cuya resolución era soberana.

En los primeros tiempos de la sociedad todos los servicios eran voluntarios y no remunerados. Después se trató de obligar a los cooperadores a contribuir con su cuota de trabajo, so pena de multa, y estableciendo una especie de rotación de servicios en la que entraban todos los socios, prácticos o no en el trabajo de la tienda, idea que Beatriz Potter ha calificado de inocente y propia de una democracia infantil. Pronto, y a medida que la Sociedad se fué desarrollando, se estableció el abono de pequeñas cantidades por el tiempo invertido y en compensación del dinero efectivo gastado en viajes para asuntos de la Sociedad.

En el acta de una sesión celebrada en 1851, encontramos la primera regla escrita sobre la materia: «que nadie, salvo el superintendente o el Consejo, podrá colocar a ninguna persona en cualquier trabajo o servicio de la tienda o de la Sociedad; y que a nadie se le pagará salario ni retribución alguna si no ha sido así contratado». En la junta trimestral siguiente se nombró el primer funcionario remunerado, Jaime Smithies, uno de los fundadores, con el sueldo de 15 libras anuales, como secretario, y un superintendente y dos dependientes de mostrador con los respectivos salarios semanales de 18, 16 y 15 chelines. En la misma reunión se tomó el siguiente acuerdo: «que ningún funcionario remunerado pueda ser de la Directiva, ni ningún individuo de la Directiva tener cargo remunerado».

Posteriormente se añadió a los estatutos el precepto de que los socios que fueran empleados de la Sociedad no podían votar en las elecciones para el Consejo de Dirección ni ser revisores de cuentas. Esto parece que tuvo su origen en el hecho de que, habiendo solicitado cierto gerente un aumento de sueldo, y habiéndole sido negado, logró, con los votos del personal a sus órdenes, derrotar en las elecciones siguientes a los individuos del Consejo que habían determinado el acuerdo negativo y aspiraban a la reelección.

Según Jacobo Holyoake (1), las catorce principales características del «Sistema Rochdaliano» son:

1. El ejemplo de establecer el despacho con fondos propios reunidos por los mismos cooperadores.
2. Suministrar los artículos más puros que puedan obtenerse.
3. Peso y medida completos.
4. Venta a los precios del mercado, sin reducción y sin establar competencia con los tenderos.
5. No pedir ni conceder créditos, apartando a los obreros de la costumbre de comprar al fiado.

(1) *The Co-operative Movement To-day*, págs. 92-94.

6. Distribuir los beneficios entre los socios, en proporción al importe de sus compras, sentando el principio de que el que produce el beneficio debe participar de él.

7. Inducir a los socios a dejar sus beneficios en el Banco de beneficios de la Cooperativa, para que vayan acumulándose, y enseñando así a los socios al ahorro.

8. Fijar el 5 por 100 como tipo de interés, para que el trabajo y el comercio (que son los que hacen fructífero el capital) puedan tener buena probabilidad de ganancia.

9. Repartir los beneficios correspondientes al personal entre los que los han ganado y proporcionalmente a sus salarios.

10. Dedicar a obras de educación y enseñanza el 2 1/2 por 100 de todos los beneficios, para fomentar el perfeccionamiento y mayor «eficiencia» de los socios.

11. Conceder a todos los socios el democrático derecho de votar (una persona, un voto) sobre todas las proposiciones y nombramientos y conceder a las mujeres el mismo derecho a votar y a recibir el exceso de percepción, estuvieran o no casadas, y esto mucho antes de que existiera la Ley sobre la propiedad de la mujer casada.

12. El propósito de extender el comercio y la producción cooperativos con el establecimiento de una ciudad industrial, en que dejarían de existir el crimen y la concurrencia.

13. Provocando la creación de la Sociedad de Compras al por mayor, crearon los medios de ejercer cumplidamente sus respectivas profesiones y de suministrar artículos de pureza y legitimidad comprobadas, lo cual habría sido imposible de otro modo.

14. La concepción de la tienda cooperativa como una institución y germen de una nueva vida social, que, mediante el propio esfuerzo bien dirigido, pueda asegurar la moralidad y competencia a todos los hombres industriales.»

En el librito que se daba a todos los socios de los *Pioneers*, y delante del texto de los Estatutos, figuraban, según vemos en la citada obra de Vigano, unos interesantísimos consejos, que nos parece de utilidad reproducir.

«Consejos a los miembros de esta y de otras Sociedades.

1.º Procurarse la Autoridad y la protección de la Ley, haciéndose inscribir en el Registro.

2.º Para elegir empleados y administradores, tomar en cuenta la integridad, la inteligencia, la habilidad, y no la riqueza o la distinción.

3.º Que cada socio no tenga más que un voto y que no se haga distinción alguna por razón del capital que cada miembro pueda haber aportado.

4.º Que el acuerdo de la mayoría sea ley en cuestiones administrativas.

5.º Prestar la mayor atención a los asuntos de dinero. Castigar los fraudes, debidamente probados, con la expulsión inmediata del delincuente.

6.º Siempre que sea posible, comprar las mercancías en los puntos de producción, donde los precios son más bajos y los artículos mejores, y cuando, por el contrario, tengan los socios que vender los productos de su industria, hacer los mayores esfuerzos por venderlos a los precios más elevados y a los consumidores inmediatos.

7.º No apartarse jamás del principio de comprar y de vender contra efectivo al contado.

8.º Guardarse mucho de las cuentas largas. Las cuentas trimestrales son las mejores. Adóptense mientras sea posible.

9.º Para estar preparados a todo evento, téngase disponible siempre, cuando menos, las tres cuartas partes del capital.

10. Es preciso que los socios cuiden de hacer examinar las cuentas por personas de su elección en quienes tengan confianza.

11. Para las gestiones importantes o dispendiosas, los Comités administrativos deberán siempre obtener la autorización de la Junta general.

12. No provocar la oposición; pero tampoco temerla cuando se presente.

13. No elegir como Jefes sino a quienes tengan la confianza general, y, después de esto, descansar plenamente en ellos.»

XVII

Enseñanzas contenidas en el ejemplo de los «Pioneers». — El espíritu cooperativo. — Resultados indirectos y efectos morales de la cooperación.

Expuesto queda cómo, dejando muy malparado el crédito de los agoreros de 1844, la oscura tiendecilla de «los viejos tejedores» llegó a ser una organización poderosa, copiada luego miles de veces, y cómo el movimiento iniciado entonces se extendió, cada vez más pujante, por el mundo todo. Los humildes pueden también tener su epopeya. Y en la de los *Pioneers*, los hechos hablan tan elocuentemente por sí mismos y resaltan con valor propio tal, que los artificios y aliños literarios, a más de ser inútiles, parecerían una profanación.

En toda historia hay enseñanzas provechosas que deducir. La de los cooperadores de Rochdale, por su carácter ejemplar, es señaladamente rica en ellas. La más importante de todas, la que pudiera llamarse lección máxima, por su propio interés y por comprender dentro de sí a las demás, es la que supone la contestación a esta pregunta: ¿cuál es el secreto del triunfo?; o, en otros términos, ¿cómo fué que unos cuantos obreros humildes, de escasa cultura y faltos de recursos, acertaron de medio a medio y lograron éxitos asombrosos en lo que otros, más sabios y con mayor abundancia de medios, fracasaron ruidosamente?

Buscando la contestación, lo primero que se ocurre es señalar el sistema adoptado y las reglas de gobierno social establecidas por los *Pioneers*. Extractadas quedan en el capítulo anterior. Nadie osará negar que son obra admirable. De ellas ha dicho con plena justicia Carlos Gide, el gran maestro de la cooperación: «Si se piensa que esos Estatutos fueron establecidos por unos cuantos obreros tejedores de franela, y de un modo tan definitivo que la experiencia de más de medio siglo no ha encontrado nada que añadir, y que los miles de Sociedades creadas después de ellos se han limitado a copiarlos casi textualmente, no se vacilará en ver en esto uno de los fenómenos más notables de la Historia económica. Sin embargo, pasó inadvertido para los economistas de entonces, incluso para Stuart Mill. El sistema cooperativo no ha salido del cerebro de un sabio o de un reformador, sino de las entrañas mismas del pueblo» (1).

(1) *Les Sociétés coopératives de consommation*, pág. 24.

En esto último hallamos el fundamento de la explicación buscada. No se trata de un sistema artificioso, sabia y reflexivamente elaborado, sino de algo vivo, que la punzante necesidad hizo nacer de las entrañas mismas del pueblo. Las reglas acertadas y prácticas representan mucho. Yendo contra ellas, difícilmente se obtendría ningún resultado aceptable. Pero las reglas, por sí solas, no lo son todo. Aun cuando se volvieran cien veces más prácticas, más acertadas y perfectas, serían muy poca cosa, de no haber tras ellas algo superior a la letra muerta y a la seca fórmula, expresión final de un juicio atinado. Prueba concluyente es que muchos quisieron repetir la historia de Rochdale, adoptando las mismas reglas y siguiendo procedimientos parecidos en lo posible, pero no todos lo consiguieron. Si unos lograron éxitos brillantes, otros vieron cómo la obra se les deshacía entre las manos, demorándose un poquito cada día, como tierra inconsistente, si es que el proceso fatal no fué más rápido aún y la Cooperativa se derrumbó como esas frágiles construcciones infantiles, deshechas a la primera sacudida.

En lo puramente material e inerte puede haber recetas cuya fiel aplicación conduzca al mismo satisfactorio resultado, independientemente del estado de ánimo de quien las pone en práctica. En la obra artística, en todo cuanto tenga alguna vida, y singularmente en las obras sociales, habrá principios y cánones jamás impunemente infringidos; pero lo esencial, lo decisivo, es el espíritu que inspira las mismas reglas, preside su aplicación, informa y guía la obra toda y la lleva, en suma, a la excelcitud o al desastre (1).

(1) Al llegar aquí, viene irreprimiblemente a la memoria el recuerdo de lo que D. Francisco Giner de los Ríos escribió sobre otra cuestión, el llamado divorcio entre teoría y práctica, pero que no deja de tener aplicación a nuestro caso actual, sobre todo el trozo siguiente, que dice mucho y sugiere aún más: «Todas las poéticas del mundo no harán un Quijote, ni todos los libros de Derecho juntos, un Cavour; por más que, sin ellos, ni político ni poeta sean posibles, verdaderamente dignos de estos nombres. Sin duda, conocer el fin y ley fundamental de la vida es la primera condición para debidamente realizarla; pero condición, y no más, no *eau-sa*.... Mientras el hombre, a semejanza del legislador en la esfera jurídica, no quiere, o no sabe, derivar de la contemplación de esos principios absolutos la fórmula particular que en cada caso constituye su expresión viva y concreta; mientras no se deja interesar y mover por esa fórmula; mientras el poder ejecutivo de la voluntad no se resuelve a ponerla por obra, puede, en verdad, pensar y discurrir grandes cosas; jamás espere hacerlas. El divorcio entre la convicción teórica, por sincera que la supongamos, y la conducta, que debiera concertar con ella, estallará al primer conflicto grave entre su honor y su interés, o sus afecciones, o la opinión, o su propio irracional deseo. La inteligencia, por sí misma, da luz, no calor. Aquello sólo que es recibido en la unidad y plenitud de la conciencia, y, convertido ya como en sangre, penetra y circula y se difunde por todo nuestro ser como alma de la vida, aquello sólo es capaz de gobernarla rectamente, con espontaneidad, mediante reflexión en su caso, y siempre sin violencia.==; Cuántos científicos, y aun filósofos, cuyo pensa-

La clave del éxito de los *Pioneers*, el secreto del triunfo, está en el sano y firme espíritu cooperativo de que tan alto ejemplo dieron. Porque tenían ese espíritu, ellos, hombres de cultura menos que mediana, acertaron a establecer una organización y a fijar reglas que hoy nos parecen modelo de sabiduría, eligieron la solución mejor cuando había varias conocidas, e inventaron fórmulas nuevas cuando fueron necesarias. Como las reglas no eran, en fin de cuentas, sino una forma concreta de expresión de ese espíritu que a los cooperadores animaba, resultarían cumplidas de un modo natural y espontáneo, sin necesidad de consultarlas y repasarlas a cada momento. Y, de igual modo, sería fácil suplir sus lagunas y resolver los casos no previstos.

Por el contrario, muchas Cooperativas han creído ser rochdalianas por haber copiado en los Estatutos las reglas más importantes de los *Pioneers*, con la vana esperanza de asegurar con sólo esto el mismo brillante resultado. Pero como faltaba el espíritu cooperativo, o flaqueó al dar con la tentación o chocar con alguna contrariedad, las reglas han sido letra muerta. Cumplidas de ordinario en lo puramente externo, suele fallarse a ellas, hasta sin advertirlo, en cosas, a primera vista, de pequeña importancia, pero que imprimen carácter y concluyen por determinar el porvenir. Y cuando entra el escrúpulo reglamentarista, las resoluciones sobre interpretación de los Estatutos y las sucesivas reformas conducen pronto a un tipo de cooperativa enteramente distinto del inicial.

Todo está, pues, en el espíritu cooperativo. ¿En qué consiste? ¿Será un don precioso y raro con que la bondad divina favorezca a unos pocos elegidos? No, pues en la rápida sucesión de triunfos y fracasos ha sido posible ver al espíritu cooperativo dominando en miles de Sociedades con millones de socios y guiándolas a puerto de salvación. Si el espíritu cooperativo no pudiera adquirirse ni comunicarse y fuera cosa innata, algo así como un carisma o don del Cielo, habría que convenir en que, por fortuna, está ya amplia y generosamente distribuido por el mundo y lo va estando cada vez más.

No es, desde luego, cosa que cada cual pueda hacerse a su gusto, cuando lo desee, ni se presta a ser materia de receta; pero puede cultivarse, perfeccionarse y aumentarse. Es, sobre todo, y ello constituye una de sus mayores excelencias, muy contagioso. La mejor manera de adquirir el espíritu cooperativo es la de convivir con quien lo tenga en alto grado, y estudiar atentamente los ejemplos y modelos más preclaros, lo cual es, en último análisis, una forma de convivencia espiritual. Nin-

miento bien adoctrinado se cierne sobre inmensos horizontes, viven en medio de tinieblas, sin aprovechar la claridad radiante con que a tantos otros guían por mejores senderos! Héroe en el pensamiento, vulgo, y aun menos quizá que vulgo en lo demás, comprometen, ante las muchedumbres, el valor de principios que ellas, con su inocente lógica, piden ver honrados, ante todo, por sus propios apóstoles.»

gún ejemplo convence ni mueve tanto a la acción como el de los *Pioneers* de Rochdale. La historia escrita por Holyoake, aun siendo de lectura no siempre fácil, ha hecho, en opinión de varios autores, por la difusión del movimiento cooperativo, más que ningún propagandista y aun que muchos propagandistas juntos.

Los hechos de los primeros cooperadores de Rochdale, en los años de lucha, tienen un poder de sugestión extraordinario. Reflexionar sobre ellos e imitarlos, en cuanto cuadre a las circunstancias de lugar y tiempo, es lo que puede recomendarse como el mejor ejercicio para adquirir y fortalecer el tan necesario y provechoso espíritu cooperativo.

El mismo ejercicio nos permitirá ver con toda claridad que ese espíritu es como resultante y síntesis de otras muchas condiciones y cualidades más elementales.

Requírese, en primer lugar y de modo inexcusable, un gran amor a la obra. Es también necesario que los cooperadores hagan por ella en cada caso, y en los primeros tiempos sobre todo, el mayor esfuerzo y el mayor sacrificio de que sean capaces. Entre ambas condiciones hay tan estrecha relación, que nada ayuda tanto al cumplimiento de la una como el de la otra. El sacrificio es menos duro cuando se hace en bien de lo que se ama, y el hombre ama siempre a la obra que es hija de su dolor y de su esfuerzo.

El espíritu cooperativo supone también la fe en la cooperación. Nunca fué tarea propia de escépticos la de impulsar y llevar al triunfo a las obras sociales. Guillermo Cooper, uno de los veintiocho fundadores, primer cajero, y secretario, después, de la Cooperativa de Rochdale, decía en 1858: «Las clases obreras pueden perder algunas veces por tener demasiada confianza; pero ¿no pierden mucho más los que nunca tienen confianza alguna?» (1).

Complemento natural y necesario de la fe en la empresa ha de ser la confianza en las personas. Bien elocuentemente lo dijeron los mismos *Pioneers*: «No elegir como jefes sino a quienes tengan la confianza general, y, después de esto, descansar plenamente en ellos» (2).

(1) Carta escrita en 17 de abril de 1858 a G. J. Holyoake.

(2) «Consejos a los miembros de esta y de otras Sociedades», reproducidos al final del capítulo anterior. En la copiosa historia anecdótica de los *Pioneers* encontramos varios ejemplos típicos en que la confianza en la obra y la confianza en las personas se muestran como algo uno e indivisible. Quizás el más señalado sea el siguiente:

La Cooperativa pasó, en sus primeros tiempos, algunos apuros económicos. En cierta ocasión se había comprado una cantidad de manteca: el vendedor anunció su factura, y los *Pioneers*, para quienes era norma sagrada la de pagarlo todo al contado, no tenían, de momento, dinero bastante. Dos de los administradores, Manock y Smithies, se encargaron de pedir ayuda a los compañeros que tuvieran algunos ahorros. Con tal objeto, visitaron a Benjamin Rudman, a quien hallaron trabajando, afa-

Los cooperadores de Rochdale pudieron ir tan lejos como fueron porque tenían gran amor a su obra, fe inquebrantable en la cooperación y confianza plena en sus directores, y no vacilaron en sufrir las molestias y hacer los sacrificios necesarios. Señalar ejemplos sería repetir la historia de la Cooperativa, puro ejemplo toda ella.

La imitación es fácil cuando se ha puesto la mira en un alto ideal, y no se pretende llegar a él soñando y como arrastrados por una nube, sino que, afirmando sólidamente los pies en el suelo y plegándose a las desigualdades y accidentes de la áspera realidad, se sube lenta y trabajosamente, pero se sube. Es difícil, suele parecer imposible, cuando se carece de ideal, cuando todo se espera de la protección o del esfuerzo ajenos, y tal vez por eso mismo se exige más de lo que razonablemente puede obtenerse. El apoyo exterior, la ayuda ajena, nunca son despreciables, si estimulan y favorecen la actividad propia, rompen un estado de indecisión o permiten salvar una crisis; pero nada en este mundo puede sustituir permanentemente al esfuerzo común, a la voluntad concertada de una colectividad numerosa, con ideal definido y fuertemente deseado.

Prosiguiendo nuestras reflexiones sobre la historia de los cooperadores de Rochdale, para deducir, como síntesis final, cuáles son las cualidades características del espíritu cooperativo, observaremos que la conducta de los *Pioneers* aparece siempre como inspirada en una curiosa y bien ponderada mezcla de idealidad y practicismo. «Estar sobre la tierra firme y contemplar el azul del cielo en toda su inmensidad: he ahí toda la filosofía de Rochdale», ha dicho Víctor Serwy (1). En forma no tan rotunda, pero más gráfica y concreta, viene L. S. Wolf a reforzar esa misma idea cuando dice (2) que la aspiración de los *Pioneers* «era subir hasta el cielo por una escalera construida con las cosas más terrenas y triviales, y fundar una comunidad de hombres libres sobre base tan poco romántica como la compraventa de pequeñas cantidades de comestibles».

noso, en el telar. La conversación, sostenida en el cortado dialecto del Lancashire, se inició de esta suerte:

—¿Qué queréis?—preguntó Rudman.

—¿Tienes algún dinero?—repreguntaron los comisionados.

—Sí, tengo un poquillo—dijo Rudman.

—¿Tienes confianza?—insistió la comisión.

—Sí; tengo confianza en vosotros y en nuestra Cooperativa. ¿Cuánto hace falta?

Expuesto el caso en media docena de palabras, se recogió el dinero, se pagó al proveedor, y, muy poco después, se devolvió el préstamo a Rudman. Por este y por otros rasgos concordantes, lo calificó Holyoake, muy justificadamente, de «hombre de pocas palabras, pero firme sostén de la Sociedad».

(1) *La Coopération depuis un siècle*, pág. 8.

(2) *Co-operation and the Futury of Industry*, pág. 22.

A los ojos de sus fundadores, la tienda cooperativa de Rochdale no era un fin en sí misma, sino un medio para intentar el logro de otros fines más amplios y más altos. Comenzaron poniendo mano en la cooperación distributiva, porque ésta se presentaba como «la línea de menor resistencia», encaminada hacia la meta de sus aspiraciones (1). Pero, puestos a regir un despacho de viveres, el sentido práctico de los *Pioneers* les hizo ver, desde el primer día, que si aquello había de ser la piedra angular de toda la obra, era preciso, indispensable, que el despacho llenara cumplidamente su misión. Una Cooperativa de consumidores no es una tienda, sino algo más complejo y elevado; pero, en lo que tiene de tienda, ha de ser buena, como en todo. De otra suerte, es muy difícil mantener y conservar otra de las manifestaciones del espíritu cooperativo: la fidelidad de los cooperadores a su propio despacho. Cooperadores modelo eran los de Rochdale, y la mayoría de ellos no se resignó a consumir las harinas inferiores que suministraba la Corn Mill Society, en su época de mala dirección.

La administración cooperativa ha de ser, como lo fué la de los *Pioneers*, sencilla, económica y eficaz. Esto requiere un criterio severo en materia de gastos y una marcha gradual en el desarrollo. La impaciencia ha sido muchas veces como el demonio desbaratador de las obras cooperativas. Triunfa en estos empeños el que sabe esperar. Al acabar de hacer el resumen del sistema rochdaliano, formula Holyoake su más acabado elogio diciendo «que fué establecido por la sabia paciencia de los *Pioneers*, quienes, cuando hubieron plantado su tienda por la noche, no la arrancaron a la mañana siguiente para mirar si había echado raíces o no».

A las Cooperativas, como a los organismos vivos, hay que dejarlas crecer, desarrollarse y adquirir vigor antes de exigir de ellas un rendimiento considerable. Cuando se pretende obtener más de lo natural o lo que todavía no está maduro, lo que se hace es matar la gallina de los huevos de oro.

En cambio, una vez llegadas a la plenitud de su fuerza, las Cooperativas son como criaturas agradecidas y generosas, que devuelven centuplicado lo invertido en su crianza. Y lo devuelven, no sólo en bienes y ventajas de carácter económico, sino en efectos morales favorabilísimos y en resultados indirectos muy variados, incluso algunos que no habrían podido preverse.

Así, por ejemplo, los *teetotalers* de Rochdale, que en un principio se mostraron refractarios a la cooperación, hubieron pronto de reconocer que la Cooperativa había contribuido más a difundir la templanza y hacer sobrios a los hombres que todos los demás esfuerzos reunidos.

Tratando de pintar el cuadro que ofrecían los despachos de la Cooperativa de Rochdale un sábado por la tarde, se ha dicho que en ningún

(1) Cat. Webb., *Industrial Co-operation*, pág. 80.

otro distrito industrial podría hallarse un espectáculo parecido. Muchos cooperadores y cooperadoras preferían ese rato para hacer sus compras. En pocas horas se despachaba casi tanto como en el resto de la semana. En 1854, a los nueve años de fundada la Sociedad, la cifra de operaciones de los sábados era de 10 a 12.000 pesetas, y, cinco años más tarde, se había duplicado. Al mismo tiempo, se hacía la devolución de cientos de libros de la biblioteca circulante y la petición de otros nuevos.

«Pero lo más notable y más profundamente digno del interés del lector—dice el texto aludido—es el nuevo espíritu de sociabilidad que animaba a todos. Compradores o vendedores, todos, en la Cooperativa, se trataban como amigos. Ninguna aspereza, ninguna desconfianza, se manifestaba por parte de unos ni de otros. «Toad Lane», el sábado, por la noche, tan alegre a la vista como los almacenes londinenses de mayor renombre, era diez veces más moral.»

Jaime Smithies, uno de los principales entre los famosos 28, escribió, hacia 1860, una carta en que figura el siguiente párrafo:

«Las mejoras logradas en la condición de nuestros compañeros pueden apreciarse en el vestir, en el porte y en la soltura de palabra. Difícilmente imaginariais hasta qué punto los transforma su inclusión en una Sociedad cooperativa. Muchos amigos de la causa piensan que poseemos demasiadas esperanzas en hacernos capitalistas. Pero mi experiencia de estos últimos diez y seis años pasados entre los trabajadores me ha conducido a la conclusión de que, para llevarlos a obrar conjuntamente, dirigiéndose a un fin determinado, hay que unirlos por cadenas de oro que hayan forjado por sí mismos.»

Resulta, en conclusión, que las Cooperativas valdrán lo que valgan los cooperadores, considerados como tales, y que, al mismo tiempo, la buena y próspera marcha de la Sociedad es lo que más puede levantar y fortalecer el espíritu de los socios. Por otra parte, las Cooperativas de orientación genuinamente rochdaliana son verdaderas escuelas prácticas de solidaridad y ciudadanía. Llevando el pensamiento a su última consecuencia, han dicho algunos autores, Gide entre ellos, que el mejor y más importante resultado de la cooperación es la producción del hombre cooperativo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA ⁽¹⁾

Bancel (A.-D.).—*Le Coopératisme*.—Paris: Schleicher Frères, 1901.—251 p.

Beard (Charles). — *The Industrial Revolution*. — London: George Allen & Unwin Ltd. [1919]. — xix + 105 p.

Cernesson (Joseph). — *Les sociétés coopératives anglaises*. — Paris: Arthur Rousseau, 1905. — 560 p.

Corréard (J.). — *Les Sociétés Coopératives de Consommation en France et à l'Etranger*. — Paris: P. Lethielleux [1908]. — xxiv + 301 p.

Dolléans (Edouard).—*Robert Owen*.—Paris: Soc. Nouv. de Lib. 1905.—226 p.

Fay (C. R.). — *Co-operation at home and abroad*. — A description and analysis with a supplement on the progress of Co-operation in the United Kingdom. Second edition. — London: King & Son, 1920.—xvi+417 p.

Flanagan (James A.). — *Wholesale Co-operation in Scotland*. — Glasgow: The Scottish Co-operative Wholesale Society Ltd., 1920.—xiv+478 p.

Garrido (Fernando). — *Historia de las clases trabajadoras*. — Madrid, 1870. — xxviii+1080 p. — En la parte cuarta (El trabajador asociado) se

(1) Ha parecido conveniente incluir una sucinta referencia de las obras que se han tenido a la vista para redactar el presente opúsculo. Con ello se rinde el debido tributo a los autores cuya labor ha facilitado la nuestra, y se orienta al lector que desee más copiosa y detallada información.

Ni remotamente se ha pensado en hacer una bibliografía de los *Pioneers*, ni menos de la Cooperación en general. La publicada en 1906 por la Alianza Cooperativa Internacional comprende en junto 5.761 números (de ellos 104 referentes a la Historia Cooperativa inglesa), advirtiéndose en el prefacio que es imposible hacer una bibliografía completa en una primera edición. Como el interés por los estudios cooperativos aumentó rapidísimamente en los últimos diez y ocho años, puede calcularse que una bibliografía aceptablemente completa no tendría hoy menos de 12.000 números en total.

hace una breve historia de la Cooperación en Rochdale (caps. V-VII, páginas 836-850).

Gaumont (Jean). — *Histoire abrégée de la Coopération en France et à l'Etranger*. — F. Rieder et Cie. — Paris, 1921. — 196 p.

Gide (Charles). — *Les Sociétés Coopératives de Consommation*. — Troisième édition refondue et augmentée. — Paris: Recueil Sirey, 1917. — xxii + 354 p.

— *Cours sur la Coopération*. — 1921-22. Deuxième série. Señaladamente, los fascículos 1.º (Fourier, precursor de la Coopération) y 7.º (Dans quelle mesure le mouvement coopératif se rattache-t-il au Fourierisme?)

Hall (Fred.). — *Sunnyside: A Story of industrial history and Co-operation for young people*. — Manchester. Co-operative Union, 1919. — 212 p.

Harris (Emerson P.). — *Co-operation the Hope of Consumer*. — New York: The Macmillan Company, 1919. — xxii + 328 p.

Holyoake (George Jacob). — *The History of Co-operation*. — London: T. Fischer Unwin, 1906. — 2 vols.

— *The Co-operative Movement To-day*. — Methuen and Co. Ltd. — London, 1921. — viii + 204 p.

— *The History of the Rochdale Pioneers*. Tenth edition revised and enlarged. — London: George Allen and Unwin Ltd. [Reimpresión de 1922.] — xv + 191 p.

Esta es la obra fundamental para el estudio de la Cooperación en Rochdale. El autor, no sólo pudo consultar los documentos originales de la Sociedad, sino que conoció y trató a varios de los fundadores, los cuales le facilitaron una información valiosa. No se trata, en realidad, de una obra hecha con arreglo a un plan completo y preconcebido, sino más bien de una serie de estudios fragmentarios. La primera parte se comenzó a publicar en el *Daily News*, en 1857, pero se interrumpió la inserción porque los asuntos de actualidad, señaladamente la rebelión de la India, absorbían todo el espacio disponible. En aquel mismo año se publicó la primera edición de la obra, y rápidamente otras varias, hasta llegar a la sexta, en 1867. En ediciones posteriores se agregó un capítulo XII y toda una segunda parte, cuyos capítulos (XIII-XXVI) comenzaron a publicarse en 1878 y alcanzan hasta 1892.

La publicación de esta obra contribuyó en alto grado al establecimiento de nuevas Cooperativas en la Gran Bretaña. Lo mismo ocurrió en Francia con las traducciones francesas, de las cuales son de citar: la de Mme Godin (Marie Moret), la hecha por O. Cambier de la sexta edición inglesa y la de F. Viganò. De la primera se ha publicado en estos mismos días (diciembre de 1923) una nueva edición refundida.

Hubert-Valleroux (P.). — *La Coopération*. — Paris: Victor Lecoffre, 1904. — 228 p.

Lavergne (Bernard). — *Les Fédérations d'achat et de production des Sociétés Coopératives distributives*. — Paris: Arthur Rousseau, 1908. — 560 p.

— *Les Coopératives de Consommation en France*. — Librairie Armand Colin. — Paris, 1923. — VIII + 216 p.

Lucas (James). — *Co-operation in Scotland*. — Manchester. The Co-operative Union, 1920. — 93 p.

Madams (Julia P.). — *The Story Re-told* — An intermediate textbook on Co-operation. Manchester. The Co-operative Union, 1921. — 240 p.

McCabe (Joseph). — *Robert Owen*. — London: Watts & Co., 1920. — VIII + 120 p.

Mercer (T. W.). — *The Life and Teaching of Dr. William King*. (Trabajo incluido en el tomo «William King and the Co-operator, 1828-1830». Manchester. The Co-operative Union, 1922.)

Moret (Marie). — *Histoire des Équitables Pionniers de Rochdale*. (Resumen y adaptación de la obra de Holyoake, por Mad V^{ve} J.-B. A. Godin, née Moret.) — Paris: Fédération Nationale des Sociétés Coopératives de Consommation, 1923. — 93 p.

Muller (Dr. Hans). — *Le Docteur William King et son rôle dans l'histoire de la Coopération*. (Trabajo incluido en el «Annuaire du Mouvement Coopératif International». Deuxième Année. — Londres, 1913, páginas 207-299.)

Nicholson (Isa). — *Our Story*. — A history of the Co-operative movement for young people. Fifteenth edition. — Manchester. The Co-operative Union, 1921. — 80 p. (Esta obra fué traducida por D. Juan Salas Antón. Barcelona, 1905.)

Potter (Beatrice), Mrs. Sidney-Webb. — *The Co-operative Movement in Great Britain*. — London: Geo. Allen & Unwin Ltd. [1920]. — XII + 260 páginas.

Prudhommeaux (J.). — *L'Œuvre des Équitables Pionniers de Rochdale*. Conférence. — Union Coopérative. Paris. — 31 p.

Redfern (Percy). — *The Story of the C. W. S.* — Manchester. The Co-operative Wholesale Society Ltd. [1913]. — VIII + 439 p.

Rouillet (M. Antony). — *Des Associations Coopératives de Consommation*. — Paris, 1876. — IV + 279 p.

Serwy (Victor). — *La «Cooperative Wholesale Society» d'Angleterre*. — Anvers, 1914. — 24 p. y 45 láms.

— *La Coopération depuis un siècle*. — Bruselles, Office Coopératif Belge, 1923. — 33 p.

Sonnichsen (Albert). — *Consumers' Cooperation*. — New York: The Macmillan Co., 1919. — xix + 223 p.

Totomiantz (V.). — *La Coopération mondiale. Histoire, organisation et principes*. — Villeneuve-Saint-Georges. — 1923. — 210 p.

Véron (Eug.). — *Les Associations ouvrières de consommation, de crédit et de production en Angleterre, en Allemagne et en France*. — Paris, 1865.

Vigano (Francesco). — *L'Ouvrier coopérateur ou Traité d'Economie populaire, avec des Dialogues sur la Coopération, des Statuts des Probes Pionniers de Rochdale et d'une Banque populaire*. — Paris: Guillaumin et Cie., 1881. (Impreso en Milán). — vii + 221 p.

Webb (Catherine). — *Industrial Co-operation: The story of a peaceful revolution*. Ninth edition. — Manchester. The Co-operative Union, 1921. — xxii + 287 p.

Woolf (Leonard S.). — *Co-operation and the Future of Industry*. — London: George Allen & Unwin Ltd. [1920]. — 141 p.

Cooperative Press Agency. — *The People's Yearbook and Annual of the English & Scottish Wholesale Societies*. — 1923. — 336 p.

ÍNDICE

	Páginas.
I. Noticias preliminares. La revolución industrial. El trabajo en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX. Situación desesperada de los obreros de Rochdale en los años 1841 a 1843. Se propone la fundación de una Cooperativa.....	7
II. Resumen del movimiento cooperativo anterior a la obra de Rochdale.....	11
III. Acuérdate fundar la Cooperativa de Rochdale. Puntos fundamentales del plan. El célebre manifiesto.	17
IV. Reúnese, penique a penique, el capital social. Los héroes anónimos. Constitución de la nueva Sociedad. Dificultad absurda con que se tropezó para su inscripción en el Registro.....	21
V. Se inaugura ruidosamente la tienda de los «Pioneers»..	24
VI. Los famosos veintiocho.....	28
VII. Los primeros pasos.....	32
VIII. Una empresa comprometida: La «Rochdale District Corn Mill Society».....	34
IX. La fábrica de tejidos. Lucha sobre la distribución de beneficios. Los fundadores son vencidos por la mayoría de los accionistas de la sociedad filial.....	37
X. Cuatro años peligrosos. Penuria de algodón ocasionada por la guerra separatista de los Estados Unidos.....	40
XI. La cooperación de segundo grado. Primeras Uniones de Cooperativas. La Agencia Cooperativa Central, de Londres. El almacén cooperativo al por mayor, de Rochdale.....	44
XII. Fundación de la Cooperative Wholesale Society.....	50
XIII. En pleno éxito. El ejemplo de Rochdale imitado en todo el Reino Unido y en el Continente.....	59
XIV. El Departamento de Educación.....	64
XV. Obras diversas, creadas o fomentadas por los Pioneers.	67
XVI. Las reglas de los Pioneers.....	69
XVII. Enseñanzas contenidas en el ejemplo de los Pioneers. El espíritu cooperativo. Resultados indirectos y efectos morales de la cooperación.....	76
Nota bibliográfica.....	83